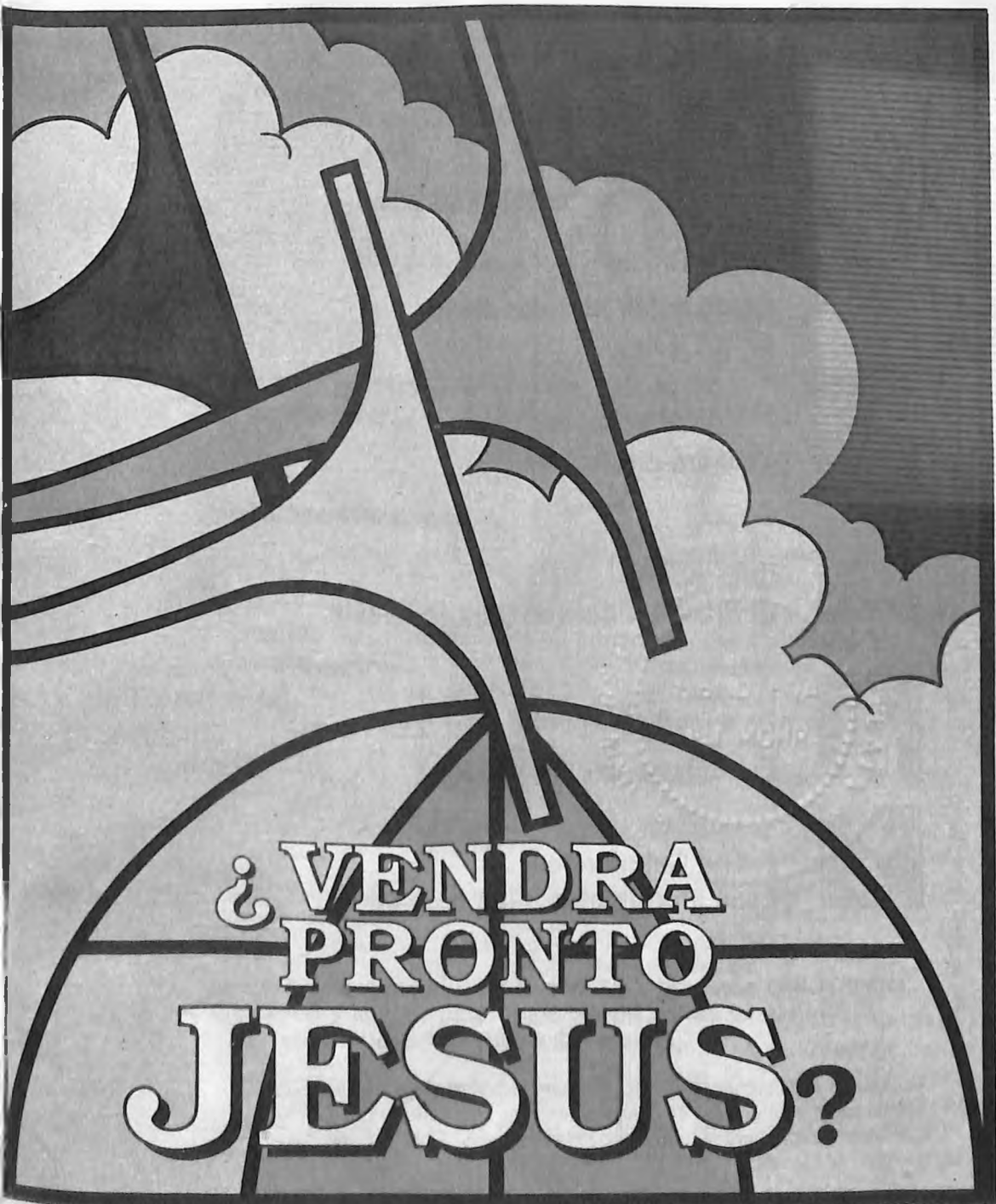


MINISTERIO

ENERO-FEBRERO 1991

adventista



& VENDRA
PRONTO
JESUS?

MINISTERIO

adventista

AÑO 39 - N° 228

ENERO-FEBRERO 1991

EDITOR: Aldo D. Orrego
REDACTORES: Javier Hidalgo
Wilson Roberts
CONSEJEROS: José A. Justiniano
Alejandro Bullón
Jaime Castrejón S.
DIAGRAMADOR: Ideyo Alomía

CONTENIDO:



Joyce Rigsby
Cómo sentir el dolor ajeno

3



Marvin Moore
¿Vendrá pronto Jesús?

10



Iris Hayden
El SIDA, un desafío para la iglesia

16



Raymond C. Holmes
El ministro, un predicador

25



Elaine Cunningham
Esos afortunados hijos de pastor

30

MINISTERIO adventista. Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las Divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

Impreso en la Republica Argentina, mediante el sistema off-set, en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires.

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 184440	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta N° 199

COMO SENTIR EL DOLOR AJENO

*Unir el corazón al de los dolientes
produce dolor; también sanidad.*

Era lo suficientemente ingenua como para sentir, y creer profundamente, que el acto de la ordenación confería a los que la reciben poderes extraordinarios para consolar.



POCO TIEMPO después de la muerte de Bob me encontré en la librería adventista de la localidad con un pastor joven a quien yo conocí. —Lo siento mucho—, me dijo, cuando nos saludamos en el pasillo. Al observarlo mientras se alejaba me pregunté: —¿Sabe que Bob está muerto, o piensa que tiene cáncer?

Más adelante, le confesó a un amigo mutuo:

—Me dio mucha pena, porque no sabía qué decirle—. Creo que el haberme enterado de su incomodidad fue lo que motivó la elaboración de este artículo.

Nuestra vida, en algún momento, afecta a la de nuestros semejantes que tienen necesidad de recibir consuelo. Existe un amplio espectro de gente que sufre: los divorciados, los desempleados, los desamparados y tantos otros. Aunque escribo esto especialmente para los ministros desde el punto de vista de mi gran pérdida, los principios pueden ser útiles para cualquier

persona que se dedique a ministrar a los que sufren.

Antes del fallecimiento de Bob, no sabía que la mayoría de los ministros tienen que aprender a consolar a los dolientes y que muchos todavía no han aprendido a hacerlo. Era lo suficientemente ingenua como para sentir y creer profundamente que el acto de la ordenación confería poderes extraordinarios, para consolar, a los que la recibían. Ahora me doy cuenta que no soy la única persona que siente lo mismo. —¡Eso no es justo!— podría pensar usted. Tampoco es justo esperar un mejor comportamiento de un hijo de pastor que de cualquier otro joven —y es injusto también que Bob haya muerto.

Anotaciones de mi diario

—Se ha ido. Está muy frío. Su cama está vacía... Me siento aterida, triste y solitaria... He perdido a mi mejor amigo y siento que el vacío es insondable. ¿Alguna vez podré sentirme completa nuevamente?

—En ocasiones la pena cae como rayo que quema y derrumba... Cuando se expresaba en términos de "nosotros" era como una puñalada; ahora es "yo" y no "nosotros". Me siento atada... ya no soy una persona completa... Debo luchar con el dolor y la pena de sentirme sola.

—Doy vueltas como un ciego que sabe que hay algo allí, pero no lo encuentra... Me siento empequeñecida, cortada, incompleta. Quiero experimentar la plenitud...

—Ahora, el único momento de paz surge cuando niego que se ha ido de mi vida para siempre... mi subconsciente me dice que sólo ha salido a atender un parto más.

—La magnitud de mi pérdida es demasiado grande —qué destino tan cruel... Aun así, mi dolor es obvio para todos —y si lo es, ellos prefieren ignorarlo... Después de Navidad quedaré completamente sola por primera vez en mi vida... ahora el momento en que pueda estar completamente en paz, cuando ya no tenga que cargar con este corazón de plomo dentro de mí.

—Me llamó de nuevo, pero fue demasiado formal. Tener la oportunidad de hablar con una persona muy amada por primera

vez después del funeral y no recibir consuelo, fue como poner sal en la herida. ¿Será tan dura la muerte que nadie se le puede acercar? Me esfuerzo, en vano, por concentrarme en el apoyo que recibo y no en lo que pareciera ser indiferencia.

—No quiero comer. No me quiero vestir. Sólo quisiera acurrucarme y llorar y llorar... No tengo a quién acudir con mis pequeñas alegrías y tristezas cotidianas. Tendré que almacenarlas hasta que alguien aparezca.

—Siento la necesidad de relatar los sucesos recientes muchas veces. No los puedo hacer a un lado así por así, sólo porque haya pasado el funeral y Bob esté en el sepulcro.

—Siento la necesidad de llorar con los que tanto nos aman... Que mis lágrimas puedan ablandar mi alma y hacerme tan gentil como era Bob.

—Cristo dijo: "Bienaventurados los que lloran porque recibirán consolación"—. ¿Vendrá la consolación a mí, o tendré que salir a buscarla?... Yo sé que estás allí, Dios mío, pero no siento tus brazos alrededor de mí; más bien, siento como si fueras alguien distante y frío ante la expectativa de qué haré después... o tal vez, ignorándome.

—El hecho de mantener un fuego en la hoguera es señal del anhelo de sentir el calor por la vida. Pero es tan difícil retenerlo. Una parte de mí quisiera estar sepultada en la nieve, cubierta completamente como lo está Bob en su féretro... Hay días en los cuales ya no quisiera que el don de la vida fuera mío.

—Tengo la tendencia a escoger objetivos externos para reducir las presiones internas... Una parte de mí se tenía tanto deseo de que alguien se acercara y notara mi presencia. Otra parte quería correr al automóvil para no tener que llorar en público... Me doy cuenta, paulatinamente, de que las personas sienten temor de acercarse a mí... El sólo incluirme en su círculo, les recuerda su propia vulnerabilidad ante la muerte.

La mayoría de las personas no quieren escuchar el lado oscuro. Si lo comparto, inmediatamente comienzan con su recital de lo mucho que tengo por delante... ¿Quién más podría escucharme a no ser un terapeuta profesional o mis hijos que

están cargados con sus propias penas?

Los amigos de mis hijos me están pavimentando el camino hacia el mundo de la viudez. No ofrecen palabras de consuelo ni de ánimo —simplemente están allí, con alimentos, su presencia y oídos atentos.

—Jamás soñé que sería tan difícil integrarse a una nueva comunidad. No me necesita... Me digo a mí misma, nadie quisiera que mis lágrimas y problemas afectaran su mundo. Ellos necesitan creer que me va de maravilla, aferrada a las promesas de Dios con todo lo que eso implica. Ahora recuerdo el tiempo cuando podría haber sido más comprensiva con la necesidad de los demás.

—Me animó a tomarlo por el lado amable. Tenía ganas de gritar, ¡lo hago!, pero, ¿no ve que tengo necesidad de llorar con alguien? Estoy cansada de portar una máscara frente a los demás. Por supuesto que no lo sabía, y no se lo podía decir... La sociedad en general sólo ve lo que indica una falta de voluntad de compartir.

—Vinieron a visitarme viejos amigos. Un pastor y su esposa. Esperaba, en su compañía, poder revivir las últimas semanas con Bob. Comencé a hablar de ello pero me cambiaron el tema. Su objetivo era mantenerlo todo superficialmente. De sacarme de mi dolor en lugar de acompañarme en él... Oraron por los que estaban en el campo misionero, y mi necesidad parecía más una posdata al final de la oración. ¿Acaso no saben que la muerte es el evento del cual nadie puede escapar?

—¿Tendré el valor y el apoyo moral para convertir la trágica muerte de Bob en una victoria?

Por qué a algunos ministros se les dificulta consolar a los afligidos

Escribir este artículo y lidiar con mi dolor van de la mano. Cada uno de los ministros con los que tuve la oportunidad de hablar, me dio una nueva perspectiva sobre el tema. Ahora comprendo mejor por qué se les dificulta a tantos ministros apoyar al doliente. Las siguientes son declaraciones directas de algunos pastores al respecto:

1. "Nos resulta difícil enfrentar nuestra propia mortalidad. Nos deprime".

2. "Nunca nos hemos sobrepuesto a

nuestras propias pérdidas".

3. "Nunca he experimentado una pérdida".

4. "Nos sentimos incómodos ante la muerte y no sabemos cómo reaccionar".

5. "Hemos sido preparados para tener el control de la situación y tememos perderlo".

6. "No estamos suficientemente motivados para convertirlo en una oportunidad".

7. "Queremos alejarnos del dolor".

8. "El ministerio de la consolación demanda mucho tiempo, y no lo tengo".

9. "Los ministros jóvenes le temen a su primer funeral. Necesitan ser entrenados".

Voy a profundizar un poco los dos primeros comentarios y luego propondré mi propia hipótesis general.

"Nos resulta difícil enfrentar nuestra propia mortalidad". En su obra *Death, the Final Stage of Growth* (La muerte, etapa final del crecimiento), Mwalimu Imara explica que debemos aprender a morir para poder aprender a vivir —que aunque tenga la última oportunidad de crecer cuando se halle en el umbral de la muerte, su crecimiento no debería esperar que llegue a la crisis de su vida. Las cualidades que denotan nuestra capacidad de tratar cómoda y productivamente a la muerte son las mismas que distinguen a un ser humano en crecimiento en cualquiera de las etapas de su vida.

El ministro joven que dijo: "Un funeral me hace pensar que podría ser el mío", ha resuelto el problema de su pérdida personal de modo que es capaz de trabajar en favor de los dolientes.

Están aquellos que nunca han logrado salir adelante con sus propias pérdidas. Un ministro me contó lo siguiente: —Mis padres murieron con seis meses de intervalo el uno del otro mientras yo estaba en el campo misionero. Nunca surgió la pregunta de si debiera regresar o no a los Estados Unidos. Fueron sepultados antes de que me enterara de su muerte—. ¿Se les da a los ministros el tiempo necesario para reponerse de una pérdida tal? ¿O es que después de varias pérdidas disminuye el dolor y no hay de qué reponerse?

En nuestra sociedad moderna frecuentemente se calla toda expresión acerca del dolor. Elizabeth Kubler-Ross contribuyó a

fomentar la idea de que se debiera legitimar el acto de hablar acerca de la muerte y del morir; pero las etapas de negación, ira, negociación, depresión y aceptación que menciona no debieran tomarse como prescripción. Pueden servir como un marco referencial para la exploración del dolor.

Las cuatro etapas de Bowlby son igualmente útiles:

1. Entumecimiento —desde unas pocas horas a varios días.
2. Anhelo y búsqueda —podría durar años.
3. Desorganización y desesperación.
4. Reorganización en mayor o menor grado.

Estas fases no se presentan necesariamente en ese orden, sino que pueden ser simultáneas. Aunque me hallo mayormente en la cuarta etapa, algunos días todavía me desespero y anhelo estar con Bob.

Es importante vencer el dolor de nuestras propias pérdidas...

En su obra *Grief Recovery* (Recuperación del dolor), Larry Yeagley enumera la tarea del doliente como:

1. Llegar al momento en que la pérdida se considere una realidad.
2. Experimentar el dolor y el sufrimiento causados por una pena mayor.
3. Regresar a un ambiente familiar que compartieron.
4. Decir "Adiós".

Haber sufrido de verdad por la pérdida de un ser amado califica a una persona para ayudar a los afligidos. Una de las razones por las que los ministros no pueden ayudar a los dolientes es porque todavía se están defendiendo de las emociones de sus propias pérdidas. Es importante vencer el dolor de nuestras propias pérdidas, tanto presentes como pasadas.

Yeagley hace cuatro sugerencias: piense, escriba, hable, llore.

1. Medite en los eventos previos y

posteriores a su pérdida. Reviva esos momentos en su memoria. No tema a sus pensamientos. Tal vez deba volver a algún lugar que fue significativo para usted y el ser querido fallecido. Podría ser una tumba. Trate de recordar cómo iban vestidos y lo que se dijeron mutuamente.

2. Escriba sus pensamientos. Regístrelos en su diario; cuénteles a Dios cómo es la vida sin su presencia. Exteriorice su culpa, ira o soledad.

3. Encuentre a una persona que no lo juzgue mal (preferiblemente alguien que no haya perdido a un ser querido recientemente), que esté dispuesta a escuchar sin sentir la necesidad de contestar. Escudriñe la magnitud de su pérdida como si fuera reciente.

4. Llore. El hecho de lavar sus ojos con lágrimas facilita el crecimiento y la comprensión.

Muchos están de acuerdo en que el ministerio de la consolación es muy necesario, pero son pocos los que están dispuestos a trabajar superando sus propias pérdidas, enfrentando su propia mortalidad y eligiendo un marco dentro del cual aprender a ser consoladores efectivos. Algunos prefieren trabajar en un hospicio, funerarias o unirse a un grupo de Educación Pastoral Clínica. El aprendizaje puede llevarse a cabo por estos medios sin experimentar las intensas emociones que involucra la pérdida personal.

La integración de la mente y los sentimientos

Después de una entrevista esta semana me sentí sumamente identificada con el proceso del dolor. "¿Por qué?", me pregunté. Luego se me iluminó la mente. Larry había diseñado una integración casi total de mente y sentimientos durante nuestra conversación. Había realizado la transición fácilmente y por elección propia desde su intelecto hasta sus emociones. Ambos estaban a su disposición y podía usar el uno para el servicio de las otras.

Podía escuchar las lágrimas en su voz. cuando dijo: —Cada muerte ha sido una tremenda pérdida para mí... No se me ha dificultado simpatizar con la familia—. Luego habló de sus técnicas para llevar a cabo su labor pastoral durante los servicios fúnebres, como llorar en el cuarto

pastoral justo antes del funeral. Me mostró lo que había estado tratando de lograr en la vida cotidiana durante años —la habilidad de moverme del intelecto al sentimiento por voluntad propia. Este es el signo distintivo de una persona equilibrada.

Después de la entrevista fui a casa y leí en *The Act of Will* (El acto de la voluntad) por Assagioli: "La polaridad entre la 'mente' y el 'corazón', entre la razón y el sentimiento (logos y eros), se regula al principio por el reconocimiento de sus funciones respectivas y del campo de acción propio, para que ninguna domine a la otra. Acto seguido, la creciente cooperación mutua y la interpenetración entre los dos para llegar, al fin, a la síntesis, expresada en forma magistral por Dante en las palabras 'luz intelectual llena de amor' ".²

Elena G. de White sugiere que analicemos nuestros sentimientos, y nos indica que frecuentemente se requiere de una lucha constante para controlarlos, pero que pueden ser dominados por la voluntad que, al cederla a Cristo, se une a su poder.³

Cristo se compadeció de nuestras debilidades y sufrimientos (Heb. 4:15), y Pablo amonesta: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5).

Mente o emociones

Usted podría ser una "persona intelectual" que no llora con facilidad. Tal vez se le dijo que "los hombres no lloran". Piensa las cosas racionalmente y anima a los dolientes a que tomen las cosas por el lado positivo, que empiecen a ayudar a los demás. La mayoría de las veces demasiado prematuramente.

Las "personas intelectuales" frecuentemente se describen a sí mismas con connotaciones intelectuales, aun cuando se les pregunta cómo se sienten. Me tocó escuchar a un ministro describir el funeral más difícil que había conducido. —¿Cómo se sintió?— le pregunté posteriormente. El suspiró. Luego me contó cuán bien le había ido a la pareja. ¿Considerará, este ministro, los sentimientos como algo secundario, o simplemente no se percata de ellos porque tiende a alejarse de los

misimos con demasiada frecuencia?

Las "personas intelectivas" no tienen mucha dificultad para conducir un servicio fúnebre porque no permiten que el dolor ajeno los afecte emocionalmente. Los funerales se convierten en ritos, en un servicio profesional que deben brindar a los miembros de su congregación. No se les dificulta controlarse puesto que no saben hacer otra cosa. Tal vez ni siquiera adviertan las lágrimas que están a punto de derramarse, antes bien las apagan cuando ya tiemblan en los párpados.

Las "personas intelectivas" tal vez deberían recordarse a sí mismas: "Tengo una mente, pero no soy mi propia mente. Mi mente es una herramienta útil para el descubrimiento y la expresión, mas no es la esencia de mi ser".⁴

De modo similar, la persona que funciona predominantemente sobre una base emotiva, tendrá la necesidad de recor-

Cristo se compadeció de nuestras debilidades y sufrimientos.

darse a sí misma: "Tengo emociones, pero no soy mis emociones. Mis emociones son variables, diversas y en ocasiones, contradictorias. Pueden oscilar entre el amor y el odio, entre la calma y la ira, entre la alegría y la tristeza, y aun así mi esencia —mi naturaleza verdadera— no cambia".⁵

Un funeral podría ser especialmente difícil para aquellos que son más sensibles y no se les hace fácil el control de sus emociones. Se pueden convertir en seres insensibles, incapaces de ser auténticos y espontáneos. Podrían aparentar frialdad, inaccesibilidad e indiferencia, cuando en realidad son personas frágiles y se perturban profundamente.

Así que estas personas de corazón blando o evitan el contacto con los dolientes o dedican todas sus energías a ayudarlos a superar su dolor —prematuramente. "Cada sentimiento y emoción dolorosos des-

piertan el deseo y la necesidad de eliminar sus causas".⁶

Hay pocas personas como Larry que pueden sentir con el doliente, y en el momento oportuno, señalarle el camino para superar su dolor.

La mayoría de aquellos con quienes hablé, expresaron su necesidad de distanciarse o disociarse del doliente a fin de poder controlarse. Cuando este distanciamiento ocurre automáticamente —ajeno a la voluntad— y luego se mantiene, es cuando los consoladores no obtienen el éxito esperado en su labor.

En primer lugar debemos aprender a reconocer nuestras formas de identificación, luego escoger conscientemente cuál de ellas creemos que está más acorde con nuestros propósitos.

Elegir el modo de identificarnos es un hecho voluntario. Si usted dice, "soy una persona intelectual, y así soy yo", podría estar sustrayéndose de las emociones, y no integrar la mente y el corazón en su reacción ante el que sufre.

Sugerencias para los consoladores

Hay muchas cosas que los consoladores pueden hacer por los que sufren. He hecho una lista de ellas, basándome tanto en mi experiencia personal como en la de otros. No importa qué tanto se esfuerce, no siempre dará buen resultado, pero siga tratando —lo que es ofensivo en ciertas circunstancias, puede ser consolador en otras.

1. Me trataron como un individuo singular y no pretendieron saber cómo me sentía. Sabían que un doliente es afectado por un sinnúmero de factores:

- a) La calidad y el tipo de relación con el difunto.
- b) El tipo de muerte.
- c) El apoyo, la disponibilidad y la respuesta de los amigos y de los demás.
- d) Pérdidas previas no resueltas.
- e) Otros eventos estresantes o traumáticos simultáneos.
- f) Factores socio-demográficos.
- g) Características personales.⁷

2. Evitaban el uso de clichés. "Hablar desde lo más profundo del corazón o mejor no hablar", sugiere Parkes en *Bereavement* (Aflicción). "No es una situación en la

cual haya algo especial que decir: fórmulas trilladas solamente acentúan más el abismo entre el doliente y el consolador".

3. Ellos vinieron conscientes de que era importante para mí hablar acerca de mis sentimientos, si me parecía bien. No importando si esos sentimientos eran irreales o que no conducían a nada. Sabían que si yo tenía la oportunidad de analizarlos en compañía de amigos comprensivos, mi propio sentido de la realidad sería suficiente. Sabían, además, que compartir los recuerdos de Bob con mis amigos era muy importante para mí.

4. Me permitieron conducir la conversación. Me escucharon cuando tuve ganas de hablar. No insistían si me quedaba callada. No me decían que tenía que salir y hacer algo por los demás antes de tiempo. Pudieron percibir lo que les decía sin palabras. Un ministro me dijo: "Yo les miro a los ojos para enterarme de lo que están sintiendo".

5. Sabían por intuición, o por experiencia, que no es necesario hablar incesantemente. Conversaciones livianas y carentes de sentido pueden resultar dolorosísimas para los dolientes. No tuvieron que contarme detalladamente acerca de sus propias pérdidas. La empatía que demostraban me indicó que conocían el sufrimiento. Comprendían que los dolientes necesitamos del silencio para volver a empezar. Su presencia en aquellos momentos en que mi compañía no era grata era sumamente importante.

6. Ejercieron tacto en forma muy apropiada. Conocían el término medio entre lo que es un tremendo abrazo que me dejaba sin respiración y una postura distante que sólo acentuaba mi aislamiento. Se sentaban lo suficientemente cerca como para estirar la mano y tranquilizarme con el tacto. Es importante notar que la mayoría de los milagros de Jesús incluían el toque tierno del Maestro a las personas que sanaba. La imposición de manos tiene un verdadero valor terapéutico.

7. Ellos sabían lo que significaba cuando preguntaba, ¿por qué?, después de la muerte de Bob; no estaba pidiendo ciertamente un estudio bíblico. Era un grito de angustia que no demandaba una respuesta intelectual. Es posible, particularmente para los ministros, que se concentren tan-

to en hablar de Dios, que se olviden del doliente. Dios no necesita que lo defendamos.

8. Lloraron conmigo. "A menudo resulta tranquilizador para el doliente cuando ve que los amigos que lo rodean no temen que sus sentimientos de tristeza afloren. Una expresión de tristeza de esta naturaleza compartida hace que el doliente sienta que se lo comprende y reduce la sensación de aislamiento que seguramente experimentará".⁸ Los ayudantes debieran mostrar, por su disposición a revelar sus propios sentimientos, que ni se avergüenzan de ellos, ni son estorbados por ellos. Esto le proporciona seguridad al doliente que no debe tener vergüenza de demostrar su dolor. "Debiera haber una disposición a involucrarse pese al costo emocional".

9. Me preguntaron lo que me gustaría hacer —conociendo mi inactividad durante el período de transición en mi vida. Sabían que lidiar con el dolor requiere de mucha energía y el estar demasiado ocupada retrasaría ese proceso. Hubo ocasiones en que necesité ayuda para después poder ayudar a los demás.

10. "El interés debe surgir de adentro y proyectarse hacia afuera para ser auténtico". Ellos compartieron puntos de vista de lo más profundo de su experiencia. No tuvieron que buscar textos bíblicos. No importaba de dónde viniera la cita si lo que compartían era parte de ellos mismos. El Salmo 23 nunca ha tenido tanto significado para mí como cuando Bob murió. Pero me lo repitió alguien que caminaba conmigo en el valle de sombra de muerte, y no alguien que me aconsejaba sin sentirlo de verdad. Es en la misma cara de la muerte cuando se revela si uno en realidad ha recibido la consolación de Cristo o no.

Nicholas Wolterstorff, en su obra *Lament For A Son* (Lamento por un hijo), pregunta: "¿Qué se le dice a alguien que sufre? Algunas personas tienen el don de pronunciar palabras sabias. Uno queda eternamente agradecido. Hubo muchas de éstas para nosotros. Pero no todos tienen ese don. Algunos hablaban, precipitadamente, palabras extrañas e inoportunas. Eso también está permitido. Sus palabras no tienen que ser necesariamente sabias. Se escucha más el corazón que habla, que

las palabras pronunciadas. Y si no sabe qué decir, simplemente diga: 'No sé qué decir, pero quiero que sepa que estamos con usted en su dolor'.

"O simplemente abrace. Ni siquiera las palabras más bellas pueden mitigar el dolor. Lo que las palabras pueden hacer es dar testimonio de que hay algo más que dolor en nuestro viaje por este mundo hacia un nuevo día. De esas cosas que son más, la mayor es el amor. Exteriorice su amor...

"Pero por favor: no diga que morir no es tan malo, porque sí lo es. La muerte es horrenda; diabólica. Si considera que su trabajo como consolador es sentarse a la distancia y decirme que, viéndolo bien, la situación no es tan mala después de todo, no comparte mi dolor, sino que se aleja de mí. Apartado, en la distancia, no me sirve de nada. Lo que necesito oír de usted es que admite que esta experiencia es muy dolorosa. Necesito oír de usted que me acompaña en mi desesperación. Para consolarme, tiene que acercarse. Venga a sentarse junto a mí, en mi banca de dolor".⁹

Referencias

1. Elizabeth Kubler-Ross, ed., *Death, the Final Stage of Growth* (Englewood Cliffs, New Jersey: Spectrum/Prentice Hall, 1975), pág. 147.
2. Roberto Assagioli, *The Act of Will* (New York: Viking Press, 1973), pág. 124.
3. Véase Elena G. de White, *Testimonies for the Church* (Mountain View, California: Pacific Press Publishing Association, 1948), tomo 2, pág. 564 y tomo 5, pág. 601.
4. Assagioli, pág. 215.
5. *Id.*, pág. 214.
6. *Id.*, pág. 193.
7. Carol Staundacher, *Beyond Grief* (Oakland, California: New Harbinger Publications, 1987), pág. 238.
8. Colin Murray Parkes, *Bereavement* (Madison, Connecticut: International Universities Press, 1987), pág. 180.
9. Nicholas Wolterstorff, *Lament For A Son* (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans Publishing Company, 1987), pág. 34.

Joyce Rigsby fue misionera en Etiopía, y ahora se dedica a escribir además de enseñar en el Colegio Unión del Atlántico.

¿VENDRA PRONTO JESUS?

*Después de todos estos años,
¿debemos seguir predicando la inminencia
de la segunda venida?*

La tardanza es la mayor de todas las señales de que Cristo está por llegar.



CUANDO mamá tenía más o menos diez años de edad, le hizo un comentario a su mamá acerca de "cuando yo sea grande y me case..." Su mamá le respondió: "Querida, nunca llegarás a casarte. Jesús vendrá mucho antes de que eso suceda".

Lo anterior ocurrió alrededor de 1915. Hoy, mamá es una abuelita y probablemente llegue a ser bisabuela.

Los pioneros adventistas que surgieron del Gran Chasco esperaban que "seguramente Jesús vendría antes de 1860". Se hubiera forzado su imaginación con sólo pensar que vendría por el año 1900. A pesar de ello, hoy le pisamos los talones al año 2000. Han transcurrido cerca de 150 años desde el Gran Chasco, y aún seguimos esperando.

¿Vendrá pronto Jesús?

El Movimiento Adventista del Séptimo Día surgió de la premisa de que sí vendría

pronto. Desde el mismo principio hemos creído que Dios nos constituyó como pueblo con el propósito específico de anunciar al mundo su pronta venida. Decimos ser "el pueblo remanente" —la última iglesia de Dios en la tierra. Elena de White nos identificó como "Juan el Bautista", cuya misión primordial sería preparar al mundo para la segunda venida de Jesús.

Pero, ¿por cuánto tiempo más se podrá seguir siendo "Juan el Bautista"? ¿Por cuánto tiempo más se puede seguir dando la advertencia acerca de un evento que nuestros antepasados pensaron que sucedería hace más de un siglo? ¿Cuánto tiempo más se podrá seguir creyendo que somos el remanente cuando comienza a verse que somos parte del todo?

Señales del pasado

Las señales de los tiempos convinieron a nuestros antepasados de este hecho. Las estrellas cayeron en 1833. Sucedió "hace doce años", decían en 1845; hoy, ya han transcurrido más de 150 años. El día oscuro sucedió en 1789 —hace más de 200 años. Lisboa fue destruida en 1755 —hace aproximadamente 250 años. Estas señales prendieron la chispa del movimiento misionero que puso en acción a los pioneros para la predicación del mensaje adventista alrededor del mundo. Sin embargo, aquí estamos, esperando. Los acontecimientos que movieron a los pioneros parecieran reliquias atesoradas en un museo de antigüedades.

¿En realidad viene pronto?

Yo digo que "¡Sí! Mil veces ¡Sí!"

El mismo retraso que nos causa tanta ansiedad es una de las mejores pruebas de la inminencia del retorno del Señor. "Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi señor tarda en venir; y comenzar a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en el día que éste no espera, y a la hora que no sabe" (Mat. 24:48-50).

La tardanza es la mayor de todas las señales de que Cristo está por llegar.

Cuán fácil es señalar los últimos 150 años y decir: "Nuestros pioneros jamás

soñaron con ver el fin de su siglo. ¿Quiénes somos nosotros, que estamos finalizando el siguiente siglo, para suponer que no veremos el final del nuestro?"

No tengo argumentos para esta clase de lógica. Lo único que puedo hacer es señalar a las Escrituras y decir: "Todo concluirá cuando menos se espere". Lo que sí puedo decir es que estoy sumamente preocupado porque no creo que nos queden otros 25 años en este mundo —es más, probablemente no nos queden ni diez.

Esto es fe, no lógica.

Aun así, mi fe se basa en ciertas señales. No el terremoto de Lisboa. No el día oscuro ni la caída de las estrellas. Son raras las personas de nuestros días que se impresionan con esas señales. Las que me han impactado a mí están sucediendo actualmente. Quisiera compartirlas con usted.

Resurgimiento del papado

Por más de un siglo la Iglesia Adventista ha predicado que la Iglesia Católica Romana, como poder político, daría pasos gigantados en los últimos tiempos, justo antes de la segunda venida de Cristo. La herida mortal aún sangraba cuando empezamos a predicar esta verdad a mediados del siglo pasado. El mundo se rió.

Pero, consideren esto:

En 1989 Juan Pablo II visitó los Estados Unidos de Norteamérica y fue objeto de una clamorosa bienvenida. Un millón de norteamericanos—gran parte de ellos protestantes— asistieron a la misa pública llevada a cabo en Filadelfia.

A principios de la década de los 50, Harry Truman propuso el envío de un embajador al Vaticano. Los protestantes norteamericanos pusieron un grito en el cielo y el presidente desistió rápidamente. Pero en 1983 el presidente Reagan presentó la misma propuesta al senado sin que los protestantes dijeran esta boca es mía.

Aun así, había otro gigante en el mundo que odiaba a todas las religiones, incluyendo la católica. Pero en 1989 ese gigante sucumbió, y ahora la Unión Soviética ha establecido relaciones diplomáticas con el Vaticano.

A fines de 1989 el Vaticano ayudó a resolver la crisis de Panamá.

¿Habrá crecido el poder político del papado? Escuchen esto: "Al iniciar su sexto año de papado, Juan Pablo II sigue siendo el foco de atención que ha mantenido desde su elección repentina ocurrida el 16 de octubre de 1978... El pontífice de la Iglesia Católica Romana, de 63 años de edad, ha ganado puntos como un portavoz intrépido de la paz, la justicia y los derechos humanos". Un prelado norteamericano en Roma dice lo siguiente: "*A nivel mundial, Juan Pablo II se ha establecido como un líder sobresaliente, cuyas ideas son tomadas en cuenta*".

No, el que dijo esto no fue un Adventista del Séptimo Día. Lo dijo un artículo de *U.S. News and World Report*, publicado en la víspera del sexto aniversario de Juan Pablo II como sumo pontífice de la Iglesia Católica Romana.¹

Durante más de un siglo, la Iglesia Adventista ha predicado que el espiritismo avanzaría a pasos agigantados al fin del tiempo.

Durante más de un siglo los Adventistas del Séptimo Día han predicho que el poder político del papado se fortalecería admirablemente al fin del tiempo. En la mayoría de esos años, nuestra predicación parecía ser una fantasía. Pero quisiera que se percaten de que el poder del Vaticano ha aumentado tremendamente en los últimos quince años.

El surgimiento del espiritismo

La Iglesia Adventista del Séptimo Día lleva más de un siglo predicando que el es-

piritismo dominaría al mundo justo antes de la segunda venida de Cristo. Ello parecía algo absurdo a mediados del siglo pasado. Para la mayoría de los estadounidenses las hermanas Fox no eran más que un chiste casero. El resto del mundo ni siquiera había oído hablar acerca de ellas.

En 1929 Richard Niebuhr escribió: "No tiene sentido procurar la salvación para las religiones orientales cuyas formas de pensar son foráneas y tienen un espíritu extraño. Sus metas e ideas se oponen radicalmente a la filosofía y los intereses del mundo moderno... El observador realista de la esfera social, aunque admira la hermosura estética del credo oriental, reconoce que el día se ha ido, el día del trabajo occidental demasiado adelantado para el reconocimiento del amanecer de esa luz oriental".²

Todavía recuerdo mis días de estudiante a mediados de la década de los 50, cuando me preguntaba: "¿Será posible que los norteamericanos en su sano juicio, racionales, que poseen mentes científicas, puedan caer en algo tan místico, tan oscuro como las bolas de cristal y las sesiones espiritistas en habitaciones tenebrosas?"

Pero piensen en esto. En 1969, una encuesta reveló que uno de cada cinco norteamericanos creía en la reencarnación. Hoy día, el movimiento de la Nueva Era ha popularizado el misticismo oriental en todos los Estados Unidos. Casi cada librería tiene una sección dedicada a la Nueva Era. Shirley MacLaine y otros personajes famosos han contribuido a divulgar las prácticas espiritistas así como la canalización y la proyección astral.

Muchos ejecutivos de renombre, científicos y reporteros apoyan las ideas y prácticas de la Nueva Era. MacLaine dice: "He visto a dirigentes bancarios, doctores y ejecutivos de renombre, visitar a clarividentes buscando consejo. Asisto a estas sesiones de canalización donde se le pregunta a las entidades del alma acerca de la economía, la bolsa de valores, proyección de la depresión global, y acerca de la OPEC".³

La creencia en la Nueva Era se podría considerar la religión de mayor auge en el mundo. Ha asumido la dirección espiritual

de millones de occidentales que han abandonado su religión tradicional.

Durante más de un siglo, la iglesia adventista ha predicado que el espiritismo avanzaría a pasos agigantados al fin del tiempo. Quisiera que noten que la Nueva Era es como una explosión espiritual en el mundo occidental, *particularmente en los últimos quince años.*

Surgimiento de la nueva derecha

Por más de un siglo los adventistas han predicho que la separación de la Iglesia y el Estado en los Estados Unidos llegaría a su fin, en gran medida, dada la insistencia de los protestantes norteamericanos conservadores. De esa manera, la nación se convertiría en un poder perseguidor.

Esta idea parecía tan ridícula hace cien años, tanto que el pastor Theodore

Durante más de un siglo, los adventistas han anunciado que la separación de la Iglesia y el Estado llegaría a su fin en los Estados Unidos, abriendo el camino para una legislación que haga obligatorio el día domingo...

Nelson, al escribir la introducción del libro *Seventh-day Adventism Renounced* (El adventismo abandonado), por D. M. Canright, dijo lo siguiente: "Nada puede ser más absurdo que su (de los adventistas) interpretación de los eventos actuales, especialmente su creencia de que nuestros gobiernos nacionales y estatales

están por convertirse en instrumentos de persecución y despotismo religiosos... Un cambio tal sería el milagro más grande, algo así como que Dios hiciera crecer un roble gigantesco en un instante".⁴

En una época mucho más reciente, 1960, se obligó a John F. Kennedy a hacer un juramento de que apoyaría el principio de la separación de la Iglesia y el Estado a fin de apaciguar a diversos protestantes nerviosos.

Pero consideren esto. La nueva derecha religiosa ha declarado guerra sin cuartel al principio fundamental norteamericano de la separación de la iglesia y el estado. Al escribir en el *Fundamentalist Journal* (Crónica fundamentalista) de Jerry Falwell, el autor Paul Henry dijo: "Contrario a la creencia contemporánea, la 'separación de la Iglesia y el Estado', como fue definida por las decisiones recientes de la Suprema Corte de los Estados Unidos, no está en armonía con las creencias y deseos de los que formaron y ratificaron la Constitución... Su (primera enmienda) no demandaba una separación en 1787; tampoco la autoriza ahora".⁵

Durante una entrevista en la cadena televisiva nacional CBS, un reportero hace algunos años le preguntó al Dr. W. A. Criswell, pastor de la Primera Iglesia Bautista de Dallas, Texas, lo que pensaba acerca de la separación de la Iglesia y el Estado. El pastor tejano respondió de inmediato: "Creo que esta idea de la separación entre la Iglesia y el Estado fue inventada por la imaginación de un infiel".⁶

Thomas J. White, un intolerante fanático religioso poco conocido pero muy resuelto, ataca la neutralidad religiosa en las escuelas públicas, llamándolas "ateas". Ataca abiertamente el muro que separa a la Iglesia del Estado, acusándolo de que "parece la demolida pared de Berlín y destruye la libertad".⁷

Hace varios años tuve una conversación con el Dr. John Wood, director del departamento de la iglesia y el estado de la Universidad Baylor en Waco, Texas. El Dr. Wood me confesó que creía que el principio de la separación entre el Estado y la Iglesia estaba condenado al fracaso. "La pregunta no es, ¿será abrogado este principio en los Estados Unidos?, sino ¿cuándo se llevará a cabo?"

Puede ser que yo no esté preparado, pero quisiera estarlo.

"Ayúdame a estar preparado". Estoy convencido de que Dios contestaría esta oración.

El presidente Reagan hizo tres señalamientos a la Suprema Corte de Justicia que tendrán un impacto duradero en esa institución. El punto de vista liberal de la corte con respecto al aborto ya está cambiando. Lo que no se sabe como se debiera es que la legislación liberal acerca de la Iglesia y el Estado probablemente sufrirá cambios en un futuro cercano.

El Sr. William Rehnquist, presidente de la Suprema Corte, se ha mostrado abiertamente hostil al principio norteamericano de la separación de la Iglesia y el Estado. Al redactar su objeción en el caso *Wallace vs. Jaffree* en 1985, caso con el cual fue derrotado el "momento de silencio en las escuelas públicas" de Alabama, el Sr. Rehnquist dijo: "La 'pared de separación entre la Iglesia y el Estado' es una metáfora basada en una historia equivocada, metáfora que ha demostrado ser inútil como guía para juzgar. Debiera ser franca y llanamente abandonada".

Durante más de un siglo los adventistas han anunciado que la separación de la Iglesia y el Estado llegaría a su fin en los Estados Unidos, abriendo el camino para una legislación que haga obligatorio el día domingo como día de reposo nacional. Todavía no se ven las leyes dominicales en los Estados Unidos, pero el precursor de esas leyes —la destrucción de los principios de separación de la Iglesia y del

Estado por los protestantes de la "nueva derecha"— toma forma con gran rapidez. A través de la mayor parte de nuestra historia denominacional, nuestra predicción acerca del fin de la separación de la Iglesia y el Estado parecía una fantasía. Pero quisiera que notaran que la "nueva derecha" ha hecho explosión en los Estados Unidos *especialmente en los últimos quince años*.

Le pregunto, cuando las tres principales predicciones acerca de los sucesos del fin del tiempo que han estado anunciando los adventistas por 150 años se han cumplido dramáticamente en los últimos quince, ¿será éste el momento de dar marcha atrás y decir: " 'Mi Señor se tarda en venir' —Jesús no vendrá pronto, después de todo?" ¿Será el momento de decir: "Después de todo, tal vez no seamos la iglesia remanente. El mensaje de Juan el Bautista y de Elías fueron concepciones de la imaginación demasiado activa de Elena de White?"

Digo que *no*. ¡Mil veces *no*!

Aún hay más.

Estoy convencido de que en la última mitad de 1989 Dios nos dio otra señal dramática de la proximidad de su venida: El fracaso del imperio comunista en Europa Oriental. Ese evento me sacudió hasta los huesos. De repente me di cuenta de que los sucesos finales en realidad serán rápidos.

No estoy solo. Por razones de trabajo estoy en contacto permanente con otros adventistas del séptimo día en toda Norteamérica. Dondequiera que voy o dondequiera que hable por teléfono, encuentro que los adventistas reconocen los sucesos de Europa Oriental como una poderosa señal. Este no es un movimiento organizado. No existe un predicador carismático que haya embelesado a la iglesia para tomar lo de Europa Oriental como una señal del fin. Es algo espontáneo. Pareciera que todos lo vimos a la misma vez. Como si todos nos asombráramos al mismo tiempo y dijéramos: "¡Oh!"

No podría señalar ni siquiera un versículo en Daniel o Apocalipsis y decir: "Europa Oriental cumple esa predicción". Es algo más sutil. Es el reconocimiento espontáneo y colectivo de que lo ocurrido en Europa Oriental es una señal del tiempo

del fin, lo que me ha convencido de que el Espíritu Santo está obrando, tratando de despertarnos del letargo.

La semana que siguió a la caída del muro de Berlín, los dirigentes políticos del mundo especulaban acerca de que las dos Alemanias probablemente se unirían en algún momento en el siglo veintiuno. Para fin de año la especulación había avanzado de tal manera que se decía que las Alemanias se unirían al finalizar el siglo veinte. Hoy, pareciera que este suceso podría ocurrir en cualquier momento.*

Al principio nos preguntábamos si el comunismo caería en Checoslovaquia. Y de repente cayó. Luego especulábamos acerca de si caería en Hungría. Y así fue. Después pensamos en Rumania, y también sucedió.

Los dirigentes políticos del mundo no logran entender estos sucesos. Pero los Adventistas del Séptimo Día sí: Dios les ha mostrado que él está dirigiendo la historia. Los movimientos finales serán rápidos porque Dios se encargará de ellos.

En un futuro muy cercano llegará el día cuando Dios se hará cargo de su iglesia aún con más poder de lo que vimos en Europa Oriental. Pronto veremos la explosión de este mensaje. No por algo que podamos hacer por nuestras propias fuerzas, sino por lo que Dios hará por medio de nosotros, y a pesar de nosotros.

No es algo que yo pueda probar. *Es algo que creo.*

Nuestra respuesta

¿Vendrá pronto Jesús? No hay la menor duda de ello. Tengo una corazonada, siento que la década de los 90 traerá cambios asombrosos en nuestro mundo —para que podamos celebrar el nuevo milenio en la Nueva Jerusalén.

¿Cuál debiera ser nuestra respuesta a estos acontecimientos de los últimos quince años y los últimos quince meses?

Sobre todo, debemos orar para que Dios se apodere de nosotros. Nuestra mayor necesidad es el derramamiento del Espíritu Santo en forma de la lluvia tardía, para limpiarnos de nuestros pecados y darnos el poder que necesitamos para terminar su obra. Frecuentemente oramos mi esposa y yo: "Señor, muéstranos lo que necesita-

mos saber para poder estar listos para el fin del tiempo".

Siento que mucha gente está dormida, especialmente en el mundo occidental. Afortunadamente, no todos lo están. ¿Qué cree usted que sucedería si cada Adventista del séptimo día que está atento al significado de los últimos acontecimientos, se uniera en una campaña masiva de oración, rogándole a Dios que no posponga su venida otro medio siglo? ¿Qué sucedería si cada uno de nosotros nos arrodilláramos y le dijéramos: "Señor Jesús, ya es tiempo. Puede ser que yo no esté preparado, pero quisiera estarlo. Ayúdame a estar preparado. Por favor, vuelve *ahora*"?

Estoy convencido de que Dios nos contestaría esa oración. Los invito a que juntos lo hagamos.

*N. R. La unificación de las dos Alemanias se hizo realidad el martes 2 de octubre de 1990.

Referencias

1. *U.S. News and World Report*, octubre, 1984, pág. 51.
2. H. Richard Niebuhr, *The Social Sources of Denominationalism* (Gloucester, Massachusetts: Peter Smith, 1929), pág. 187.
3. *Ladies' Home Journal*, junio, 1983, pág. 33.
4. Rev. Theodore Nelson, LL. D., "Introducción" a *Seventh-day Adventism Renounced* (Cincinnati, Ohio: Standard Pub. Co., 1889), págs. 20, 23.
5. Paul Henry, "Church and State Separation: Is It Truly Constitutional?"
6. *Fundamentalist Journal*, julio/agosto, 1984.
7. Robert L. Maddox, "Dr. Criswell Spoke Too Quickly", *Church and State*, octubre 1984, pág. 23.
8. De una carta de Robert Maddox, 7 de diciembre de 1988, a los constituyentes y los que apoyan a la "Americans United for Separation of Church and State" (Americanos unidos en la separación de la Iglesia y el Estado).
9. Cita de la revista *Church and State*, enero, 1990, pág. 24.

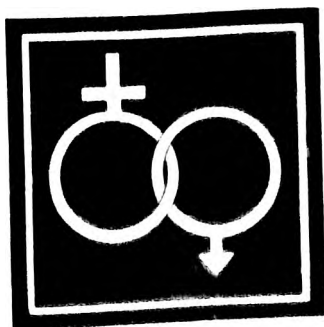
Marvin Moore es editor asociado de la Pacific Press Publishing Association, Nampa, Idaho.

Iris Hayden

EL SIDA, UN DESAFIO PARA LA IGLESIA

*En su dolor y confusión, Charlene y Rob
acudieron a Dios y a un ministro que se preocupó
por ellos y los guió a los pies de Cristo.*

Fueron aceptados como miembros de la iglesia. Temiendo ser rechazados nuevamente, dudaron si decirles o no a los hermanos que Rob tenía SIDA.



CHARLENE no recordaba bien cuándo notó por primera vez que Rob se sentía decaído. Pero el problema se agudizó el día que lo tuvo que llevar de emergencia al hospital por una convulsión severa de tos. Neumonía. Pese al medicamento que se le administró, Rob no podía combatir la enfermedad. Se le hizo un análisis tras otro. Finalmente se anunció el diagnóstico: SIDA (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida).

Charlene se dejó caer en el sillón reclinable de la sala, completamente abatida. En su mente giraban los pensamientos relacionados con los acontecimientos de los días, semanas y años pasados. Cuán pronto puede cambiar la vida. River City, EE.UU, había sido buena con ella y con Rob. El tenía un empleo con buen sueldo que le daba muchas satisfacciones. Vivía en una casa cómoda con tres hijos, uno de cuatro, otro de tres y el último de un año de edad. Tenían buenos vecinos. Pero eso

era antes, cuando la vida había sido buena. Antes del SIDA.

Después del SIDA, todo cambió. Primero vino el problema de la fobia al SIDA. La niñera tuvo miedo y se rehusó a seguir cuidando a los niños. El empleador de Rob le temía al SIDA, así que éste perdió su empleo. Rob siempre se había hecho cargo de las finanzas y pagaba sus deudas a tiempo —ahora, dada su enfermedad, no siempre podía hacerlo. A medida que se acababa el dinero, Charlene tuvo que suplicar misericordia a sus acreedores, pero finalmente aun ese favor fue insuficiente. Se vio obligada a inscribirse en el plan de asistencia social del gobierno, y eventualmente en el de hospedaje.

Ella pasaba todo el tiempo posible en el hospital, mientras Rob estuvo allí; y más todavía cuando estuvo enfermo en casa. Cuando no estaba con él, tenía que cuidar a los niños, comprar y preparar los alimentos, mantener la casa lo mejor posible bajo las circunstancias difíciles de una mudanza intempestiva y obligatoria. En ocasiones le parecía que se enfrentaba a una tarea imposible.

En su dolor y confusión, Charlene y Rob acudieron a Dios y a un ministro que se preocupó por ellos y los guió a los pies de Cristo. Fueron bautizados y aceptados como miembros de la iglesia. Temiendo ser rechazados nuevamente, dudaron de si decirles o no a los hermanos que Rob tenía SIDA. Con dolor y temor, decidieron arriesgarse.

Afortunadamente, lejos de rechazarlos, los miembros les abrieron sus corazones y los amaron. Cuando Rob fue hospitalizado, los miembros de la iglesia cuidaron a los niños para que Charlene pudiera visitarlo más tiempo. Salían a hacer las compras, preparaban los alimentos y limpiaban la casa. Sobre todo, le aseguraron a Rob que Dios lo perdonaría por haber usado drogas.

Rob murió en menos de un año. Quedó en paz con su familia, los amigos y con Dios. ¿Y Charlene? Charlene es VIH (Virus de Inmunodeficiencia Humano) positivo. ¿Y los niños? Nadie sabe cuánto tiempo ella ha sido VIH positivo. ¿Habrá transmitido el virus a los niños al nacer? ¿Se convertirá el bebé en VIH positivo? ¿Desarrollará Charlene los síntomas del SIDA? Si

eso sucediera, ¿qué será de sus hijos?

Cuando Charlene (*Charlene es un seudónimo*) me contó su historia, concluyó con lo siguiente: “Ha sido un año muy difícil. Hubo momentos en que pensé que no podría vivir un día más. Pero los miembros de la iglesia velaron por nuestro bienestar. Por el amor que nos manifestaron, sabía que Dios nos amaba también. El amor y la aceptación que me mostraron me ayudó a perdonar a Rob por haber traído el virus a casa. Estoy segura que si desarrollo el virus del SIDA, ellos me seguirán apreciando”.

Me gustaría poder decir que la iglesia en la cual Charlene y Rob encontraron a este grupo de amigos atentos y que los apoyó en los momentos más difíciles es la Iglesia Adventista del Séptimo Día, pero no es así. Desde el momento que escuché su historia me he preguntado varias veces: “¿Qué reacción habría encontrado en la Iglesia Adventista?” Por su naturaleza, de moralidad dudosa, el SIDA podría presentar un dilema no sólo a la iglesia como institución, sino también a los miembros y al pastor como individuos. Algún día, en un futuro cercano, usted tendrá que habérselas con alguien que tenga SIDA. ¿Cuál será su reacción?

Es posible que muchos de nosotros leamos acerca del SIDA en Nueva York o San Francisco y digamos: “Pero este problema nunca me tocará a mí”. Sin embargo, las estadísticas predicen que cada uno de nosotros tendrá un contacto más directo con el SIDA que simplemente leer al respecto en el periódico. Se predice que para el año 2000, el SIDA habrá causado más muertes, en los Estados Unidos, que la combinación de todas las guerras juntas. Ya que el SIDA mata a ambos padres, se sabe que miles de niños quedarán huérfanos. Diferentes casos del SIDA ya se han reportado en todos los países del mundo. Los medios masivos de comunicación concentran su atención en los grupos de alto riesgo, cuando, en realidad, la conducta de alto riesgo, y no los grupos, es la que disemina el SIDA. Siendo que los grupos de alto riesgo en Norteamérica han sido hombres homosexuales y los consumidores de drogas que usan jeringas para administrárselas —gente que, para muchos, son miembros de una sociedad

marginada— ha surgido el tema de que cierta clase de gente será sacrificada por causa de este terrible mal.

¿Valora Dios de la misma manera a todas las personas? ¿Cómo se relaciona Dios con los acontecimientos del planeta Tierra que tiene que ver con los eventos de la vida personal? ¿Perdona Dios a una persona que ha contraído una enfermedad mortal? Como representante de Dios, ¿cómo me relaciono con la vida y la muerte, con los riesgos a que una persona se expone, las actitudes que constituyen un juicio de la vida de otros y la sexualidad?

De manera que es de suma importancia saber lo que creemos acerca de Dios y la enfermedad.

Estas son cuestiones sumamente delicadas que debemos confrontar para determinar la actitud apropiada que debe tener la iglesia al tratar con la epidemia del SIDA. El SIDA desafía la respuesta de los cristianos al dolor y el sufrimiento agobiante. Nuestra actitud, con frecuencia, es poco cristiana. Nos hallamos en medio de una lucha interior de preguntas, sentimientos y actitudes encontrados:

1. *¿Es la enfermedad un castigo de Dios?* Una respuesta primitiva se basará en la creencia ancestral de que la enfermedad es castigo de Dios. Los amigos de Job así lo creyeron y se lo dijeron: "Recapacita ahora; ¿qué inocente se ha perdido? ¿Y en dónde han sido destruidos los rectos? Como yo he visto, los que aran iniquidad y siembran injuria, la siegan. Perecen por el aliento de Dios, y por el soplo de su ira son consumidos" (Job 4:7-9).

Jesús tuvo que hacerle frente a esta creencia durante su ministerio terrenal. "Al pasar Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él" (Juan 9:1-3).

El texto, "que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen" (Exo. 20:5) se usa a menudo para demostrar que la enfermedad es un castigo de Dios.

Pero esta creencia es una evasiva a la responsabilidad de cuidar del prójimo. Una vía de escape del deber de comprometerse. Una vía de escape para no seguir el ejemplo del ministerio de Cristo.

La ciencia demuestra cada vez más que los hábitos de vida en *realidad* son la causa primordial del cáncer, de los problemas del corazón y otras enfermedades, así como del SIDA. Existe una relación de causa y efecto, pero, ¿será un castigo de Dios? ¿Castigará Dios un estilo de vida malsano más que otro? Observe la reacción de Dios ante las actitudes de los amigos de Job: "Jehová dijo a Elifaz temanita: Mi ira se encendió sobre ti y tus dos compañeros; porque no habéis hablado de mí lo recto, como mi siervo Job" (Job 42: 7).

Es difícil resolver este problema, puesto que la respuesta de cada persona dependerá de su punto de vista acerca de Dios y su relación personal con él. Las creencias afectan las actitudes. De manera que es de suma importancia saber lo que creemos acerca de Dios y la enfermedad.

2. *Actitud frente a la muerte y el morir.* Salomón declara que hay un tiempo para todo. El tiempo apropiado para morir es la vejez. Una de las tareas de la vida es prepararse para ese momento —al llegar a la vejez. Hay jóvenes que mueren, pero eso no es normal. El SIDA interrumpe el ciclo de la vida. Ataca, primordialmente, a los que están entre los 20 y los 40 años de edad. Se predice que en algunos países el SIDA podría destruir a toda una generación progenitora. El ministrar a los moribundos y dolientes obliga al pastor a exponer su propia vulnerabilidad. Puede resultar sumamente difícil, especialmente para

los ministros más jóvenes, enfrentar la realidad del gran número de personas de su misma edad que muere. ¿Cómo puede una persona sensible aceptar la dura realidad de incontables muertes producidas entre los jóvenes? Cada muerte causa dolor. Causa dolor a las familias, a los amigos y al pastor que tiene que asistir espiritualmente al moribundo.

Existen maneras comunes que utiliza la gente para confrontar el dolor que produce el SIDA. Algunos evaden la situación, construyen una concha en torno suyo, y se apartan del dolor. Esto no ayuda de ninguna manera a la persona con SIDA (PCS). La respuesta positiva demanda empatía, escuchar y llorar con el paciente. Las PCS necesitan libertad para expresar su dolor, su tristeza y su ira. La respuesta abierta, empática, puede desgastar emocionalmente al pastor. El pastor, y cualquier otra persona que sienta el deseo de ayudar a su prójimo, pueden hacerle frente productivamente a dicho desgaste emocional sólo manteniendo una relación íntima con Dios y con un programa de apoyo humanitario.

3. *La fobia del SIDA.* El miedo al SIDA cunde en todo el mundo. Los menesterosos son los más susceptibles a este temor: El temor de contraer el SIDA, de exponer a su familia a este mal. ¿Son fundados estos temores? Sí y no.

Temer a una enfermedad debilitante, para la cual no existe cura, es ser realista. Cuando se descubrió el SIDA en 1981, su causa y modo de transmisión eran desconocidos. Abundaban los rumores y conjeturas. Se requirió mucho tiempo e intensa investigación para identificar el agente causante y el modo de transmisión. Todavía no se han contestado todas las preguntas acerca del SIDA, pero su modo de transmisión ya ha sido bien documentado. No se ha descubierto información nueva acerca de su modo de transmisión desde 1984.

El VIH (Virus de Inmunodeficiencia Humano), precursor del SIDA, se encuentra en una variedad de fluidos corporales. En la mayoría de ellos, como en las lágrimas, no existe en cantidades suficientes como para poder transmitirse. El semen y la sangre, sin embargo, son buenos conductores. Hombres o mujeres que

han sido infectados con VIH pueden transmitirlo a su pareja sexual, sea hombre o mujer. Además, el VIH puede transmitirse por la transfusión de sangre infectada o productos sanguíneos, y por el uso de agujas hipodérmicas mal esterilizadas. Los instrumentos usados en los tatuajes, en la perforación de la oreja o la penetración de la piel por cualquier propósito pueden transmitir el virus. Las madres pueden transmitir el VIH a sus bebés durante el embarazo, en el parto o, en raras ocasiones, por medio de la leche materna.

La lectura de una variedad de puntos de vista nos proporciona una perspectiva aceptable.

Fuera del cuerpo, el VIH es impotente. Una solución de cloro lo mata. El virus queda inutilizado, también, si el líquido corporal se seca. No hay evidencia de que los miembros de la familia de la PCS se hayan convertido en VIH positivos excepto por contacto sexual. El Centro de Control de Enfermedades dice que estrechar la mano o abrazar a una PCS es tan inocuo como hacerlo a una persona que no tiene SIDA. Si la PCS contrae una enfermedad infecciosa secundaria, como la tuberculosis, se deben ejercer todas las precauciones normales para evitar el contagio.

4. *Riesgos personales.* ¿El relacionarme con una PCS me colocará en una situación vergonzosa? ¿Me acusarán de homosexual? ¿Me acusarán de inmoralidad? ¿Me acusarán de ser "tolerante de las drogas" o aún más, de usar drogas? ¿La demanda de mi tiempo y mis emociones me impedirá realizar otros proyectos importantes? ¿Sancionarán mis superiores lo

que estoy haciendo? ¿Simpatizarán conmigo los demás miembros de iglesia? ¿Cómo se verá mi relación con homosexuales, drogadictos y prostitutas?

Estas son preguntas serias que merecen seria consideración. Un pastor informó que dos terceras partes de la congregación abandonó la iglesia para unirse a otras congregaciones cuando se enteraron de que estaba dando atención espiritual a un miembro de iglesia que tenía SIDA. La fobia al SIDA y su consiguiente rechazo han sido muy comunes. En los Estados Unidos, la vida y la muerte de Ryan White, quien tuvo que luchar en las cortes repetidas veces para defender el derecho de asistir a las escuelas públicas tras haber contraído el SIDA por medio de una transfusión sanguínea, ha dramatizado el terror a esta enfermedad. Puesto que mucha gente importante asistió al funeral, uno podría suponer que la fobia había sido eliminada. Pero la misma semana que murió Ryan, los medios de comunicación anunciaron que a un niño con SIDA se le prohibió asistir a la escuela dominical en base a su diagnóstico.

¿Se presentarán situaciones embarazosas? Probablemente sí. Ayuda bastante leer acerca de los estilos de vida que difieren de los nuestros a fin de estar preparados, aunque sea intelectualmente, para enfrentarnos a esta gente. Existe una amplia variedad de publicaciones. Algunos promueven el estilo de vida, otros lo condenan. Algunos hacen el intento de comprenderlo. Acuda a la biblioteca pública local o a la librería en busca de dicho material. La lectura de una variedad de puntos de vista nos proporciona una perspectiva aceptable. Para obtener una mejor comprensión del problema, escuche a una PCS relatar su propia experiencia.

¿Existe el riesgo de que se me achaque el mal? En el momento que una persona habla en favor de los demás o se asocia con ellos, existe esa posibilidad. Siempre habrá quienes no comprenden y que les encanta criticar. A Jesús se le condenó de esa manera: "Porque vino Juan, que ni comía ni bebía y dicen: Demonio tiene. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre comilón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores" (Mat. 11: 18, 19).

Si el contagio se produce por contacto íntimo, el SIDA es un problema de promiscuidad sexual. Esto hace que surja la pregunta, ¿me puedo asociar, con fines redentivos, a los sexualmente promiscuos?

Siempre ha sido un buen consejo, "evita las malas apariencias". Planear diferentes modos de evitar estas apariencias ayudará a minimizar el problema. Un plan de la iglesia para enfrentar el problema del SIDA, desarrollado por los miembros y por la junta directiva, reducirá mucho la crítica. ¿Se arriesgó Jesús? ¡Sí! ¿Debemos hacerlo nosotros? Yo creo que sí. Sólo al interesarnos en los problemas ajenos aprendemos a entender las alegrías y tristezas del prójimo. Junto con la comprensión vienen las oportunidades de compartir el amor de Dios. Las PCS, particularmente, tienen grandes necesidades espirituales que se agudizan a medida que el tiempo se les acaba, para que puedan entregar sus vidas al Señor y prepararse para la muerte.

5. *Actitud de condenación.* Intimamente ligada a la fobia del SIDA está la actitud de condenación que ve a las PCS en forma diferente a otras personas que tienen enfermedades fulminantes como el cáncer. Aun a los niños que han recibido el virus por medio de productos sanguíneos se los excluye de la sociedad.

¿Será ésta una actitud sancionada por Jesús? Abundan los ejemplos acerca de la relación de Jesús con los enfermos y moribundos. El paralítico que fue bajado por el techo es un buen ejemplo. Los fariseos fríamente lo declararon incurable. Su aflicción, se creía, era el resultado de sus propios pecados y ella evidenciaba la ira de Dios —por lo tanto, no era digno de compasión ni perdón.

La actitud de los escribas y fariseos es más común entre nosotros de lo que muchos estaríamos dispuestos a reconocer. Una actitud farisaica condena públicamente a las PCS de haber recibido el castigo divino.

¿Cuán dispuesto estoy a aceptar a las personas cuyas costumbres y estilo de vida desafían mi cultura y mis creencias? ¿Cómo reacciono hacia las personas que usan drogas? ¿Cómo reacciono hacia un esposo o esposa promiscuos que no sólo se enferman sino que traen el SIDA a casa y contagian a su cónyuge? ¿Debo amar a la persona sin condenar su conducta? ¿Revelará mi actitud el amor de Dios hacia esas personas?

Los directores de la Unidad de Supresión Inmunológica y el Programa del Renacimiento de la Dependencia Química en el Hospital West Covina de California nos cuentan la manera como se estereotipa a los consumidores de drogas. Muchos piensan que los que abusan de las drogas son simples drogadictos que duermen en los callejones de nuestras grandes ciudades. Los directores protestan diciendo que sus pacientes no son así. "Nuestros pacientes tienden a ser de la clase media alta. Son gente de buenas familias y con buenos empleos. La gente tiene la mente cerrada respecto a quiénes son los que contraen el SIDA. No es simplemente la escoria que vive en la calle. Puede ser cualquiera".¹

A continuación presento algunos pasos útiles para desarrollar una actitud semejante a la de Cristo:

a. Analizar mi interacción con la gente que tiene un estilo de vida diferente al mío. ¿Qué revela la interacción acerca de mi actitud hacia estas personas?

b. Pedirle a un observador de mi confianza que evalúe honestamente mis reacciones.

c. Si no lo estoy aceptando, acudo a la Biblia y estudio las bases de mis creencias. La reafirmación de la Biblia me hace confiar más en mis creencias y me hace sentir menos amenazado por el criterio de los demás. Quiero que sean las bases bíblicas y no las normas sociales las que rijan mi conducta.

d. Estudio la actitud de Jesús hacia una diversidad de personas: fariseos, publicanos, leprosos, ladrones, ciegos, ricos, pobres y enfermos.

e. Pido a Dios que me dé amor por quienes resulta difícil amar, y que me colme de ese amor para que pueda ofrécerselo a los que sufren.

f. Reconozco que no puedo ser todo para todos. Hasta que lo pueda entender y cambie mi actitud, busco a alguien que se pueda relacionar eficazmente con la persona necesitada si yo no lo puedo hacer.

6. *Sexualidad.* Puesto que el acto sexual es una de las principales formas de transmisión del SIDA, la sexualidad se ha convertido en un gran problema. El riesgo de contraer la enfermedad aumenta para aquellos que tienen parejas íntimas múltiples. La iglesia condena decididamente la promiscuidad sexual; por lo mismo se nos dificulta relacionarnos con las personas que quebrantan el séptimo mandamiento. Se nos dificultará aún más si los involucrados son bisexuales u homosexuales, o si molestan sexualmente a los niños. Si el contagio se produce por contacto íntimo, el SIDA es un problema de promiscuidad sexual. Esto hace que surja la pregunta: ¿Me puedo asociar, con fines redentivos, a los sexualmente promiscuos —tanto heterosexuales como homosexuales? María, condenada, estuvo de pie frente a Jesús. No veía misericordia en los ojos de sus acusadores. La respuesta de Jesús fue de condenación al pecado pero de amor hacia el pecador. Sólo estando inundado del amor podré responder como Jesús a los que encuentro: "Ni yo te condeno; vete y no peques más" (Juan 8:11).

7. *Aconsejamiento pastoral.* ¿De qué manera afectará el SIDA al aconsejamiento premarital? ¿Sugeriría usted un examen contra el VIH? ¿Qué consejo le daría a una persona casada cuyo cónyuge es infiel? ¿Qué le respondería usted a un miembro de iglesia si se le acercara y dijera que es

un VIH positivo? ¿Qué consejo le daría a la PCS y a su familia? ¿Cómo manejaría el asunto de la confidencialidad o los derechos del individuo versus la protección del cónyuge? Estas y otras son preguntas muy delicadas. Se puede llegar a una razonable conclusión por medio de estudios, seminarios y discusiones con otros pastores.

8. *La administración de la iglesia.* ¿Cuál debería ser su punto de vista respecto al bautismo de personas con SIDA? ¿Qué en cuanto al rito de humildad? ¿Podrá un anciano de la iglesia que tenga SIDA oficiar en la Santa Cena? ¿Habrà una preparación especial para un funeral? ¿Cómo debemos tratar a un pastor, compañero nuestro, que haya contraído el SIDA? La manera como tratemos a un pastor infectado depende mucho de nuestra comprensión de Dios. Las leyes contra la discriminación afectan también nuestras decisiones.

Un desafío único en su especie

Algunos preguntarán: ¿Por qué el SIDA es diferente? ¿No hemos tenido a los enfermos con nosotros siempre? Efectivamente. Pero la sociedad ha reaccionado de una manera muy diferente con el SIDA que con otras enfermedades. La sociedad rechaza a las PCS, al punto de echarlos de su comunidad. Algunos pastores han dicho a las PCS que Dios no las puede perdonar.

Luego, existe el problema de la desesperación. La gente que ha contraído cáncer o enfermedades cardíacas tienen la esperanza de ser sanados. Hasta ahora, no se conoce remedio alguno que cure el SIDA. Es una enfermedad debilitante con ataques sucesivos de otras enfermedades que postran al enfermo. Las PCS inexorablemente se enfrentan a la muerte. Necesitan atención física y espiritual. Al igual que Charlene, los miembros de la familia son sometidos a una presión para la cual no están preparados y necesitan verdadero apoyo. Tal vez ambos padres están enfermos, y en algún momento sus niños que necesitan atención quedan solos. La familia entera necesita atención espiritual. Mucha de esta gente ha sufrido el desprecio de la iglesia desde antes de

haber contraído el SIDA. Puede ser que estén soportando el tremendo peso de la culpa y estén sin esperanza de sanidad ni de vida eterna.

Kevin Gordon, hablando en una consulta ecuménica, desafía a la iglesia: "El SIDA, pues, está en la agenda ecuménica por la rapidez alarmante con que se propaga, y porque mucha de la discriminación de que son objeto los infectados del SIDA, por increíble que parezca, dice tener fundamento bíblico... Debemos ser parte de la respuesta —Buenas Nuevas— y no parte del problema. Algunos podrían pensar que la enfermedad propicia una situación natural para que la iglesia juzgue al SIDA; irónicamente, y a la larga, será el SIDA quien juzgue a la iglesia".²

La iglesia se enfrenta al desafío de responder ante las necesidades tanto del individuo como del mundo al enfrentar la crisis del SIDA. ¿En realidad se preocupa la iglesia? ¿Verá la iglesia en cada persona un valor inestimable por el cual Cristo murió? ¿Se le ofrece, en realidad, la salvación a cada individuo? El mundo observa a la iglesia al enfrentar esta prueba. ¿Será positivo lo que se observa? ¿Pasarà la prueba la Iglesia Adventista del Séptimo Día? ¿Cuál será la mejor manera de hacer frente al desafío?

Como en cualquier otro aspecto de la vida, Jesús es nuestro ejemplo. Jesús vino a este mundo para revelar el amor de Dios a la humanidad. Los evangelios registran pequeñas escenas de su ministerio de amor. El leproso implora misericordia; Jesús lo toca y lo sana. Un hombre es bajado por el techo de una casa; él lo perdona y lo sana. Acudieron a él un ciego y un mudo; él los tocó y los sanó. Sí, su ministerio fue de misericordia y compasión. Tocaba. Perdonaba. Sanaba. Se mezclaba con las multitudes. Y hoy, le pide a su iglesia que siga sus pasos.

¿Qué puedo hacer?

¿Cómo puede guiar a su congregación?

Para comenzar, procure entender el problema del SIDA. Discútalos con otros pastores. Si planea tener una reunión en la cual se tratará el tema del SIDA, el departamento del SIDA de la Asociación Gene-

ral compartirá gustosamente su lista de oradores con usted.

Formen una comisión de planeación para el SIDA en su iglesia a fin de coordinar las actividades relacionadas con este mal.

El leproso implora misericordia; Jesús le toca y sana. Un hombre es bajado por el techo de una casa; él lo perdona y lo sana.

Acudieron a él un ciego y un mudo; él los tocó y los sanó. Sí, su ministerio fue de misericordia y compasión. Tocaba. Perdonaba. Sanaba.

Eduque a los miembros de su iglesia. Lo más probable es que encuentre el miedo al SIDA y miembros mal informados en su congregación. Eduque tomando en cuenta la sensibilidad y los temores de las personas. El plan educacional deberá incluir tanto una discusión relacionada con las actitudes de las personas hacia el SIDA como información acerca de la enfermedad. Busque recursos en la zona donde vive que contribuyan a la educación de las actitudes. Haga referencia a los puntos tratados en este artículo, concernientes a las actitudes. Es posible que los miembros de la iglesia tengan dificultades para relacionarse con cualquiera que esté enfermo. Dependiendo de la congregación, necesi-

tará dedicar mucho tiempo para tratar temas como la sexualidad, especialmente para comenzar a entender o aun tolerar a las PCS homosexuales.

Eduque con información confiable. Hay una gran variedad de recursos educativos. El Departamento de Temperancia y Salud de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día posee una entrevista grabada con el Dr. Koop, inspector general de salud, en la que aborda el tema "Aids: Resource Kit" (SIDA, botiquín de recursos), disponible en video a manera de préstamo. *Narcotics Education, Inc., 12501 Old Columbia Pike, Silver Spring, Maryland 20904*, administra una variedad de material educativo. Solicite un catálogo. La Comisión del SIDA de la Asociación General ha publicado un folleto sobre la respuesta adventista hacia el SIDA, incluyendo un poco de información sobre la enfermedad. Solicítelos por escrito al: *AIDS Committee Health, 12501 Old Columbia Pike, Silver Spring, Maryland 20904*. Busque recursos en su comunidad. Revise bien todos los videos y otros programas antes de presentarlos a su iglesia. No todos tienen un enfoque cristiano.

Valore la necesidad de educar a su comunidad sobre el SIDA, especialmente en las escuelas. La prevención es el único "remedio", así que se le debe dar prioridad a la educación. ¿Existen otros grupos que brindan educación sobre el SIDA? ¿Habrán alguna necesidad que su iglesia pueda suplir?

El Señor ha dado una bendición especial a los cristianos a través del muro de protección que son los Diez Mandamientos. Los Adventistas del Séptimo Día históricamente han enfatizado los Diez Mandamientos. La obediencia al séptimo mandamiento, "No comerás adulterio", reduce el factor riesgo. Esta es una buena oportunidad para compartir las Buenas Nuevas. Comparta las buenas nuevas del amor de Dios, implícitas en los Diez Mandamientos.

Siendo que hay otras maneras de transmitir el SIDA además de la promiscuidad sexual, procure dar una información preventiva, práctica y equilibrada.

Luego, valore las necesidades de las PCS, sus familias y la comunidad. ¿Necesitará la PCS que le preparen los

alimentos todos los días? ¿Necesitará la PCS asistencia física? ¿Necesitará la familia que cuiden a sus niños? ¿Necesitarán atención el jardín y/o los negocios? ¿Necesitará que le ayuden con el aseo de la casa para que los miembros de la familia dispongan de tiempo para cuidar al enfermo? ¿Necesitarán que alguien se quede con el enfermo mientras los miembros de la familia realizan sus actividades? ¿Cuántas personas de la comunidad necesitarán asistencia? ¿Qué recursos existen en la comunidad?

Valore sus propios recursos y los de la iglesia en relación con las necesidades identificadas. ¿Tiene suficientes recursos para suplir las necesidades que ha observado? Si sus recursos son limitados, busque que más allá de la iglesia. Un grupo de iglesias tendrá más recursos.

A fin de ayudarlo a pensar en recursos apropiados, le presento algunas ideas acerca de lo que están haciendo otras iglesias: Algunas han formado equipos de educación sobre el SIDA y presentan programas informativos en las iglesias y escuelas. Otros encauzan sus energías a ayudar a las PCS y a sus familias. En el caso de Rob y Charlene, la iglesia se concentró en la familia, velando por sus necesidades específicas. Algunas iglesias organizan un grupo de apoyo que ofrece una cena, una vez a la semana, para las PCS y sus familias mientras que otras dirigen hospicios, construyen hogares para ellos y administran centros de beneficencia donde cuidan a los niños por un tiempo durante la época de crisis de la enfermedad.

Dios le guiará a usted y su congregación y le mostrará las formas más apropiadas de cumplir la instrucción de Mateo 7:12: "Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos".

Referencias

1. Mia Oberlink, "HIV and Chemical Dependency", *Aids Patient Care*, febrero, 1989, págs. 30-33.
 2. David G. Hallman, *Aids Issues: Confronting the Challenge* (New York: The Pilgrim Press, 1989), pág. 171.
- Blanchet, Kevin D., "Editorial", *AIDS Patient Care*, febrero, 1989.

Center for Infectious Diseases, *AIDS Weekly Surveillance Report*, U.S. AIDS Program, Center for Infectious Diseases, 23 de enero, 1989.

Desir, Monica, *Thank God for Good 'and Bad'* Times (Boise: Pacific Press Publishing Association, 1985).

Dufresne, Florine, *Home Care* (Elgin: The Brethren Press, 1983).

Fuglesang, Andreas, *About Understanding* (New York: Decade Media Books, Inc. 1982).

General Conference of Seventh-day Adventists *AIDS Recommendations and Guidelines*. Published by the General Conference of Seventh-day Adventists.

Hallman, William H., M. D., Virginia E. Johnson, Robert C. Kolodny, M. D., *On Sex and Human Loving* (Boston and Toronto: Little, Brown and Company, Inc., 1985).

"AIDS Orphans", *Newsweek*, 10 de octubre, 1988.

North American Division of Seventh-day Adventists, *Helping the Homeless*. Un informe grabado de la División Norteamericana, producido por la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, abril, 1988.

División Norteamericana de los Adventistas del Séptimo Día, *The Caring Church*. Una estrategia para Norteamérica preparado por la División Norteamericana de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día en colaboración con el Center of Continuing Education for Ministry (Centro de Educación Continua para el Ministerio). Impreso por la Asociación Publicadora Review and Herald, 1983.

Oberlink, Mia, "HIV and Chemical Dependency", *AIDS Patient Care*, febrero, 1989, págs. 30-33.

Panos, Institute, *AIDS and the Third World* (Alexandria, Virginia: Publicado por el Instituto Panos junto con la Cruz Roja de Noruega, 1987).

Pierce, Gregory F., *Activism That Makes Sense*, (Ramsey: Paulist Press, 1984).

Schoenberg, Bernard, Arthur C. Carr, David Peretz, y Austine H. Kutscher, *Loss and Grief* (New York: Columbia University Press, 1970).

Shell, Dorothy, *Sent Home to Die* (Boise: Pacific Press Publishing Association, 1987).

Shelley, Judith Allen, *Caring in Crisis* (Madison: Inter Varsity Press, 1980).

World Council of Churches, *Hearing on AIDS* (Programme Unit on Faith and Witness, Sub-unit on Church and Society, marzo, 1987).

World Future Society, *The Futurist*. Una revista de predicciones, tendencias e ideas acerca del futuro. (Bethesda: World Future Society, publicado bimensualmente.)

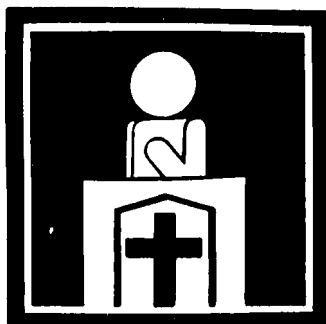
World Health Organization, *World Health*. Revista de la Organización Mundial de la Salud (OMS), publicada por WHO, Ginebra 27, Suiza.

Iris Hayden Stober es directora asociada del Departamento de Temperancia y Salud de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, y colabora como presidenta de la Comisión del SIDA de la Asociación General.

EL MINISTRO, UN PREDICADOR

*"¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en el cual
no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien
no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les predique?"*

Para tener poder en el púlpito,
uno tiene que creer. Creer
en Cristo, en primer lugar, y en
el mensaje bíblico. Pablo lo
llama "el misterio".



*Si usted y yo estamos
seguros del mensaje
bíblico, no seremos
condescendientes con la
mente moderna que
pareciera deleitarse con las
preguntas más que con
las respuestas.*

HACE VEINTIOCHO años me dijo un profesor del Seminario: "Conforme avance la predicación, avanzará la iglesia". Su comentario fue para mí algo así como una relación amorosa con la labor homilética. Con gran entusiasmo inicié el estudio de la historia de la predicación y descubrí que

formo parte de una larga línea de predicadores que después de pasar por Moody, Jonathan Edwards, Wesley, Calvino y Lutero, se extiende hasta el apóstol Pablo, Jesucristo mismo, los profetas del Antiguo Testamento, y comienza con Dios el Padre, cuya Palabra en ocasión de la creación puso en movimiento al mundo, y en el Sinaí le otorgó al ser humano la guía para su vida. Descubrí que el reavivamiento, la reforma y la vida espiritual de la iglesia dependen de la proclamación del mensaje de la Biblia.

Su predicación,
por lo tanto,
era histórica,
redentiva y
personal.
Sobre una
predicación
tal, la fe y
las obras de la
iglesia se
mantienen firmes o
se derrumban.

En ese momento, tomé dos decisiones importantes: en primer lugar, que en mi ministerio, la predicación tendría la prioridad. La segunda, que dedicaría todo el tiempo y energía posibles al estudio y a la práctica de la homilética. Nunca me he arrepentido de esas decisiones, y si fuera necesario las volvería a tomar. A decir verdad, ha habido ocasiones en mi ministerio en las que he reafirmado esas decisiones.

Como puede verse, creo en la predicación.

Estoy convencido del poder de la predicación por lo que ha hecho por mí, tanto en mi calidad de predicador como en mi condición de oyente. Sin la predicación, la gente no escucharía los truenos procedentes del Sinaí, no oiría la gracia proveniente de la cruz, no sabría del interés que Dios manifiesta desde el santuario celestial, ni tendría esperanza para el futuro.

Para tener poder en el púlpito, uno tiene que creer. Creer en Cristo, en primer lugar, y en el mensaje bíblico —Pablo lo llama “el misterio”. Luego debemos creer en nuestro llamado al ministerio y en el poder de la predicación, que pertenece al “ministerio de la reconciliación” (2 Cor. 5:18-20).

Creer en el Evangelio

Pablo testificó ante los corintios: “Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos” (2 Cor. 4:13). Este versículo está ubicado en el contexto de un pasaje conmovedor en el cual Pablo habla acerca del ministerio de una manera muy personal con relación al Evangelio, el llamado al ministerio y la predicación. Tanto la estructura de su predicación como el concepto de su función como predicador se derivan de su encuentro con Cristo, su conocimiento de Cristo y su fe en Cristo. Su predicación, por lo tanto, era histórica, redentiva y personal. Sobre una predicación tal, la fe y las obras de la iglesia o se mantienen firmes o se derrumban.

Creo que el mejor ejemplo bíblico de la relación entre el mensaje, el predicador, la predicación y los resultados, es el relato de Ezequiel acerca del valle de los huesos secos. Cuando predicó el mensaje que Dios le dio a esos huesos muertos, ¡recibieron el don de la vida! No fue porque predicó, sino por predicar el mensaje que Dios le dio.

No podemos sacar algo de la nada —ni en el púlpito ni en ninguna otra parte. En cambio, Dios sí puede. Debemos comenzar con lo que se nos dio. No es que debamos apoderarnos de la verdad, sino que la verdad debe apoderarse de nosotros. Debe sacudirnos y arrancarnos de nuestro intelectualismo orgulloso, de nuestras propias opiniones.

El estudio
de la Palabra es
importante:
nos hace profundos.
Pero, ¡ay de
vosotros y ay de mí
—y ay de la iglesia—
si nuestro estudio
sólo sirve para
agudizar nuestra
percepción sin
agudizar nuestra
espiritualidad!

Si usted y yo estamos seguros del mensaje bíblico, no seremos condescendientes con la mente moderna que pareciera deleitarse con las preguntas más que con las respuestas. Hoy día se sospecha de una fe bien fundada. Se la denomina fanática, ignorante, sofisticada, carente de información por aquellos que creen tener conocimientos esotéricos que nadie más posee. Seríamos mejor aceptados en el mundo moderno si creyéramos menos y dudáramos más. ¡Pero eso no puede salvar a una sola alma!

Un intelectual adventista me preguntó recientemente: “¿En realidad se siente optimista acerca de nuestro mensaje y el futuro de nuestra iglesia?” Me sorprendió de tal manera la pregunta que no le pude responder inmediatamente. ¡Pero, sí! ¡Claro que sí! ¿Me hará eso perder el paso? Si es así, marcharé solo —pero no creo que tenga que hacerlo. El no creer en el mensaje bíblico o en la predicación, es como pelear con almohadas, armado sólo

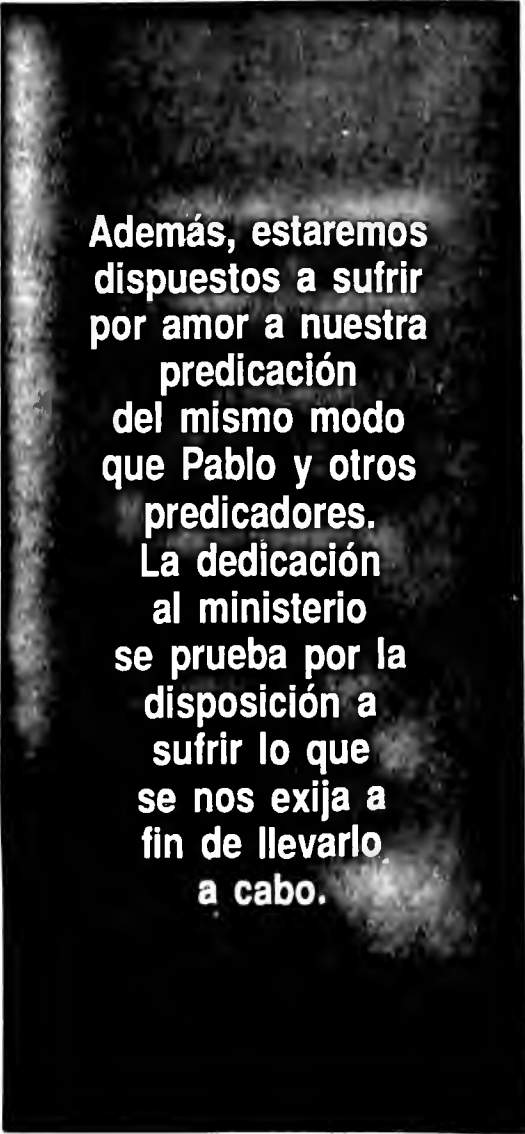
con una funda —excepto, claro está, que el negocio en el cual estamos no es una pelea con almohadas.

Demasiado a menudo permitimos que nuestras dudas permanezcan sin ser desafiadas. ¿Qué sucedería si nos hicieramos frente? ¿Por qué no luchamos con ellas como Jacob luchó con Dios en Peniel? ¿Qué en cuanto a creer en nuestras creencias y dudar de nuestras dudas?

Si no creemos, no tenemos ningún derecho a predicar. Si el mensaje no surte efecto en nuestras vidas, tampoco lo hará en las vidas de los que nos escuchan. Pero si creemos, ¡debemos predicar! Si el mensaje bíblico nos ha envuelto y sacudido, existen grandes posibilidades de que por nuestro intermedio también haga efecto sobre los que nos escuchan. Si creemos, predicaremos con pasión; es allí donde también nosotros nos sorprenderemos por los pensamientos que recibiremos del Espíritu Santo. Debemos llegar a comprender con el corazón lo que la mente ya conoce. Sólo cuando la verdad haya encendido el corazón del predicador, podrá calentar el frío corazón de los demás.

Para predicar bien y con poder, debemos preparar nuestros sermones con devoción y oración. Los predicadores debemos estar dispuestos a predicar. Nosotros preparamos los sermones, el Espíritu Santo nos prepara a nosotros. Como dijera Sangster, la mejor predicación se lleva a cabo no cuando hablamos bien, sino cuando El ha hablado “por medio de nosotros”.

El estudio de la Palabra es importante; nos hace profundos. Pero, ¡ay de vosotros y ay de mí —y ay de la iglesia— si nuestro estudio sólo sirve para agudizar nuestra percepción sin agudizar nuestra espiritualidad! Tan importante como el estudio de la Palabra, es la oración acerca de la Palabra que nos abriga. ¿Sabe usted lo que hace la oración por la predicación? Nos conduce a lo más específico. Nos hace ver lo honesto, nos permite ver la necesidad de nuestra gente. Nos muestra lo que realmente importa. Nos ayuda a deshacernos de nuestro orgullo y de la arrogancia. Nos conecta con la mente divina. Nos vacía para que el Espíritu nos pueda llenar. Nos aleja de nuestro propio poder para que Dios nos pueda dar el suyo.



**Además, estaremos
dispuestos a sufrir
por amor a nuestra
predicación
del mismo modo
que Pablo y otros
predicadores.
La dedicación
al ministerio
se prueba por la
disposición a
sufrir lo que
se nos exija a
fin de llevarlo
a cabo.**

Es la convicción la que convierte. Es peligroso sentarse a los pies de un predicador que tiene una sólida convicción. Ellos no usan el método de "sin compromiso": "bajo las circunstancias esto podría ser cierto". Más bien, ellos insisten: "Esto es lo que dice Dios". Si no sabemos lo que es verdad y lo decimos como que es verdad, nadie tomará en cuenta lo que digamos.

Creer en la predicación

No necesitamos profundizar demasiado en las cartas de Pablo para percibir que no sólo creía en el Evangelio, sino también en lo que fue llamado a ser. Creía en la predi-

cación. Para él, el llamado a predicar era tan importante como el llamado a ser cristiano y apóstol. Estaba completamente seguro de su fe en Cristo. Siempre hablaba de Cristo, del Evangelio y de predicar en relación a ambos. Para Pablo, eran realidades inseparables.

Pero ahora somos nosotros los que estamos en escena. Es nuestro turno. Pablo cumplió con su ministerio. Nosotros debemos cumplir con el nuestro. ¿Qué significa para nosotros el llamado a ser predicadores?

Pablo se enfrentaba con la resistencia a Cristo y al Evangelio. Le hizo frente al escepticismo y a la irreligiosidad. Hizo frente a diferentes formas de secularismo y materialismo. Separados por casi dos milenios de la experiencia del apóstol, hacemos frente a un desafío similar y a la vez sumamente diferente. Además de las dificultades a las que Pablo hizo frente, tenemos que tratar con una mentalidad científica para la cual es sumamente difícil ejercer fe.

Por causa de estos desafíos, algunos predicadores han perdido la fe en la predicación. Creen que predicar es un medio de comunicación anticuado, relegado al basurero de la historia. ¿Será esto verdad? ¿Será que Jesús ya no habla por medio de la predicación?

Pablo dijo a los romanos que no podrían creer, ni invocar al Señor ni oír hablar de Cristo a menos que fuera por medio de un predicador (Rom. 10:1-15). El hecho de que algunas personas se niegan a escuchar o lo hacen con indiferencia, no significa que Jesús haya dejado de transmitir sus mensajes por medio de la predicación. Tenemos evidencia de que todavía hay vidas que se transforman por medio de la predicación de la Palabra de Dios. Naciones enteras han sido transformadas por la predicación de hombres como Lutero, Calvino y Edwards. La predicación de la Reforma y los reavivamientos wesleyanos alteraron la historia. La predicación de Whitefield, Spurgeon, Moody, Sunday y Graham conmovieron profundamente ciudades como Londres y Nueva York. Hace cien años todo el norte de Finlandia y parte de Suecia fueron transformados por la predicación de un campesino ambulante.

**No hay duda
del poder de su
influencia como
predicadora sobre
esta iglesia.
Hoy no es que
necesitemos una
teología distinta.
¡Necesitamos
predicadores
renovados!
¡Predicadores que
conozcan a Jesucristo
y que hayan dedicado
sus vidas a predicar
el mensaje bíblico!**

No olvidemos que Dios hizo de su Hijo un predicador. Una de las primeras cosas que nos dice Marcos acerca de Jesús es que “vino a Galilea predicando” (Mar. 1:14). Desde entonces, la iglesia cristiana ha tenido predicadores. Lo que Dios ha unido —predicador, mensaje, método— que nadie lo separe. No tendremos poder en la predicación si no creemos en ella. Y si creemos en ella, trabajaremos arduamente en su favor. Trabajaremos tesonera-mente en relación a la obra teológica, pastoral y evangelística. Si creemos en la predicación, no pensaremos que ya no hay nada que podamos aprender al respecto.

Además, estaremos dispuestos a sufrir por amor a nuestra predicación del mismo

modo que Pablo y otros predicadores. La dedicación al ministerio se prueba por la disposición a sufrir lo que se nos exija a fin de llevarlo a cabo.

Nuestra iglesia apoya nuestra creencia en la predicación, ubicando la predicación de la Palabra como la primera de las cuatro áreas básicas del ministerio por las cuales se nos hace responsables, a saber: predicar, pastorear, capacitar y evangelizar. En 1894 Elena de White escribió: “La predicación del Evangelio es la manera en que Dios convierte las almas de los hombres”.¹ En 1898 declaró: “La predicación de la Palabra no debe ser subestimada”.² Y en 1901: “La predicación del Evangelio es el método grandioso del Señor para salvar almas”.³

Obviamente sus puntos de vista sobre la predicación eran progresistas, resultado de la experiencia y la reflexión. Ella observaba y analizaba práctica y teológicamente lo que hacía la proclamación del mensaje en público. Aquí, sirve como ejemplo inspirador para todos los predicadores adventistas del séptimo día. Creía en la predicación, y modeló esa creencia para nuestro beneficio. No hay duda del poder de su influencia como predicadora sobre esta iglesia.

Hoy no es que necesitemos una teología distinta. ¡Necesitamos predicadores renovados! ¡Predicadores que conozcan a Jesucristo y que hayan dedicado sus vidas a predicar el mensaje bíblico!

Usted y yo somos los receptores de una tradición homilética distinguida. Agradecemos a Dios por ella; aceptémosla, y prediquemos con toda la pasión, alma y fe de que seamos capaces.

Referencias

1. *Manuscrito* 38.
2. *Manuscrito* 107.
3. *Carta* 11.

Raymond C. Holmes es profesor de Homilética y Adoración y director de vida estudiantil en el programa de doctorado en ministerio del Seminario Teológico Adventista de la Universidad Andrews, Berrien Springs, Michigan.

Elaine Cunningham

ESOS AFORTUNADOS HIJOS DE PASTOR

Nuestros niños han disfrutado el privilegio de sembrar belleza para otras familias de pastor.

Algunas veces me he quejado de la vida en las casas pastorales.

Muchas veces fracasé en mi función de esposa de pastor y no siempre fui una madre ejemplar.



LA VIDA en la casa pastoral tiene muchos desafíos. Pero también privilegios que nadie más puede disfrutar.

"Los niños que son hijos de pastor son muy afortunados", dijeron Juanito, de 13 años, y Rut, de 12, cuando regresaron de un viaje vacacional de dos semanas. Un letrero en nuestra puerta decía: "Bienvenidos. Los amamos mucho".

Flores recién cortadas en el florero, la alacena llena de alimentos enlatados, pastel y pan recién horneados y un refrigerador repleto de sustitutos de carne, quesos y huevos ofrecían un panorama que llenaba de gozo el corazón.

Mis hijos no siempre se expresaban con entusiasmo acerca de su experiencia como hijos de pastor. Hubo momentos en que no deseaban asistir a la iglesia, pero de todos modos lo hacían. Hubo ocasiones en que no querían dejar a sus amigos para mudarse a otro distrito, pero de todos modos nos cambiamos. Llegó un tiempo

cuando hasta se rebelaron contra la autoridad paterna, pero de todos modos obedecieron. Sin embargo, es evidente el hecho de que casi siempre han apreciado y valorado el privilegio de ser hijos de pastor. He hablado con muchas esposas e hijos de pastor y estoy convencida de que los hijos de pastor son niños especiales. A decir verdad, es muy afortunado ser hijos de un predicador.

Casas especiales

Vivir en diferentes casas pastorales resulta emocionante para los hijos de pastor. Nosotros hemos vivido en diversidad de casas durante 36 años de ministerio pastoral.

La primera casa pastoral donde vivieron nuestros niños fue una antigua escuela. El primer piso servía de iglesia y el segundo, era nuestra casa. Cuando llegamos, los pizarrones todavía estaban clavados en las paredes, pero después de remodelar todo cuidadosamente, disfrutamos de un departamento muy cómodo.

Una vez, durante el culto divino, llevé a mi bebé a la casa pensando acostarlo en su cuna, pero encontré a otro bebé durmiendo en ella. Junto con la ventaja de no tener que preparar pañales para ir a la iglesia tropecé con la desventaja de tener que compartir la cama del bebé.

En cierta casa pastoral que habitamos en Florida cultivamos una costumbre que hemos seguido por años. Dado que no había sombra alrededor de la casa de block, decidimos plantar un árbol. Nuestros niños ayudaron a aplanar la tierra alrededor de la plantita recién sembrada. Quince años más tarde pasamos cerca de la casa pastoral. ¡Qué emocionante fue descubrir que nuestra plantita se había convertido en un árbol gigantesco que se alzaba muy por encima de la casa, proyectando una sombra agradable y muy necesaria!

Desde entonces hemos plantado permanentemente en los patios de todas las casas pastorales que hemos ocupado: árboles, rosales, bulbos de tulipanes, arbustos y otras plantas duraderas. Nuestros niños han disfrutado el privilegio de sembrar belleza para otras familias de pastor.

La casa pastoral de Lake Placide estaba

situada en la empinada ladera de una colina, más arriba de la iglesia. Hicimos un tobogán que iba desde nuestra casa hasta la iglesia. Juanito y Ruth todavía recuerdan con emoción los rápidos viajes que hacían entre los dos edificios. Mientras aprendían a patinar sobre hielo en el lago cercano, se bamboleaban muy orendos al lado de los patinadores profesionales que efectuaban sus prácticas rutinarias allí.

En New Hampshire vivimos en un departamento contiguo a la parte posterior de la iglesia. Cuando preparaba un asado al horno se esparcían tentadores olores hasta el interior del santuario. Mi esposo trataba de terminar su sermón antes que los estómagos de sus oyentes empezaran a sentir las ansias del hambre.

De New Hampshire nos mudamos a una casa pastoral de cinco recámaras en Quincy, Massachusetts. Vivir tan cerca de la mansión Adams, de la casa donde había nacido John Quincy Adams y de otros sitios históricos de Boston, era de gran ayuda para nuestros hijos en su aprendizaje de la historia.

De Quincy nos trasladamos a una casa pastoral estilo campirano en el estado de Indiana, que tenía el salón de actividades sociales de la iglesia en la parte baja. Nuestros niños se deleitaban con los deliciosos platillos de aquellas comidas informales que la iglesia servía en aquel salón y comieron como príncipes durante los nueve años que vivimos allí.

Nuestros niños ya han volado fuera del nido y mi esposo y yo parlotemos como una pareja de tortolitos en una enorme casa pastoral cerca de los montes Cascade. Seguramente a nuestros hijos les gustaría vivir aquí. ¡Cuán afortunados fueron!

Aprendiendo a servir

Los hijos de pastor tienen muchas oportunidades de aprender a servir. Nuestros niños visitaban a los incapacitados para asistir a la iglesia, cortaban figuras y material para las escuelas bíblicas de vacaciones, cantaban en el coro, doblaban los boletines, recogían los himnarios, cedían su recámara cuando teníamos algún pastor de visita y ayudaban de muchas otras maneras. Si les mostramos

a nuestros hijos que hacer la obra de Dios es un motivo de gozo, les ayudaremos a concebirla de ese modo. Tal vez por eso nuestro hijo es misionero en Africa y nuestra hija sirve activamente en su iglesia.

Vivir en una casa pastoral parece que tiende a desarrollar cierto sentido del humor tanto en los niños como en los padres.

Un día, después del culto, nuestro hijo que entonces tenía diez años, cerró la iglesia y la trancó por fuera. Hecho esto se fue tranquilamente a casa dejándonos encerrados con algunas personas que se habían quedado charlando con nosotros después de la reunión. Cuando tratamos de salir nos dimos cuenta de que habíamos quedado encerrados dentro de la iglesia. La única salida posible era un estrecho pasadizo que se usaba como depósito de carbón en el sótano. Afortunadamente logramos llamar la atención de un señor que pasaba por la calle frente a la iglesia. El quitó el pasador de la puerta y nos puso en libertad.

En otra ocasión, cuando ese mismo hijo de pastor tuvo cinco años, miró atentamente a una señora que tenía un bigote bastante poblado y exclamó en voz alta: "¡Oye, yo creía que sólo los hombres tenían bigotes!" Lo único que se me ocurrió fue simular que no conocía a aquel bribonzuelo.

Sí, es divertido vivir con niños que son hijos de pastor. Y son afortunados cuando sus padres tienen también un buen sentido del humor.

Dulces recuerdos

Bob Bensin nos recuerda, en su libro *Laughter in the Wall*, que después que los hijos se hayan ido, nuestros hogares seguirán llenos de dulces recuerdos de su niñez, especialmente aquellos que se relacionaban con el hecho de ser hijos de pastor.

Mi hija recordó cómo se gozaba ayudando a entretener a los evangelistas y misioneros que visitaban nuestro hogar. Sentarse alrededor de la mesa y escuchar a un misionero relatar sus aventuras es inolvidable. Ella recordó también los regalos de Navidad que recibíamos de la iglesia y

Afortunados cuando sus padres tienen también un buen sentido del humor.

cómo dividíamos el dinero en partes iguales entre los cuatro.

Ruth recordó también lo mucho que disfrutaba los domingos, que tratábamos de convertirlos en días especiales en la casa pastoral. Después del culto vespertino del domingo, por costumbre nos relajábamos y disfrutábamos de una velada comiendo palomitas de maíz, participando en los juegos de mesa. Nuestros hijos esperaban con ansias esas veladas en las cuales nos reuníamos como familia.

Los campamentos, los congresos, las reuniones de diferente carácter, eran momentos cumbres en la vida de nuestros hijos. Les encantaba reunirse con otros niños en el campamento. Participaban en los cursos bíblicos y en todas las actividades de los jóvenes.

Juanito recuerda que a veces iba a comprar helados los miércoles después del culto de oración. Recuerda especialmente el altar de la familia cuando a cada uno le tocaba, por turno, dirigir el culto vespertino.

Confieso que las lágrimas corren por mis mejillas cuando leo las cartas que mis hijos escribieron. Algunas veces me he quejado de la vida en las casas pastorales. Muchas veces fracasé en mi función de esposa de pastor y no siempre fui una madre ejemplar. Pero los recuerdos que mis hijos escribieron en sus cartas borraron cualquier pequeña desazón que haya tenido por haberme casado con un pastor y por todos mis fracasos. Ellos sienten que fueron muy afortunados por haber sido hijos de un pastor.

Elaine Cunningham ha vivido en casas pastorales durante toda su vida matrimonial. Además de esposa de pastor es escritora.